

Biblioteca

488
DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.



¡EL DINERO!

Comedia sentimental en cuatro actos, por D. CIPRIANO LOPEZ-SALGADO, representada en el teatro de la COMEDIA (Instituto) el día 31 de mayo de 1849, á beneficio del primer actor y director de escena

D. LEANDRO LUGAR.

Al primer actor D. LEANDRO LUGAR, en prueba del mas sincero aprecio: su verdadero amigo—CIPRIANO LOPEZ-SALGADO.

PERSONAGES.	ACTORES.
DOÑA CARLOTA.	Doña Maria Hernandez.
CASILDA.	Francisca Pastor.
AMALIA.	Margarita Montero.
D. ANTONIO ZAPATA.	Manuel Prat.
ARTURO.	Don Leandro Lugar.
D. LUIS.	Ramon Aguirre.
D. PATRICIO.	Leandro Velazquez.
D. BERNARDO.	José Alverá.
FEDERICO.	José Ortiz.
PEDRO, criado.	Manuel Muñoz.
D. SILVESTRE AVEJON, editor.	José Albalat.
D. RAMON MORENO, pintor.	José Aguado.
GAVILAN, escribano.	José Guerrero.
GARRIDO.	Don Francisco Pardo.
UN SASTRE.	Francisco Argüelles.
UN FONDISTA.	Agustin Piñol.
UN TAPICERO-ADORNISTA.	Benito Lamott.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon; segundo salon en el foro; puertas á derecha é izquierda.—Avios de escribir.—Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

AMALIA, D. ANTONIO; Amalia entra por un lado; D. Antonio por el fondo; trae una carta en la mano.

ANT. (en el foro) Lo ois?... que esté todo dispues-

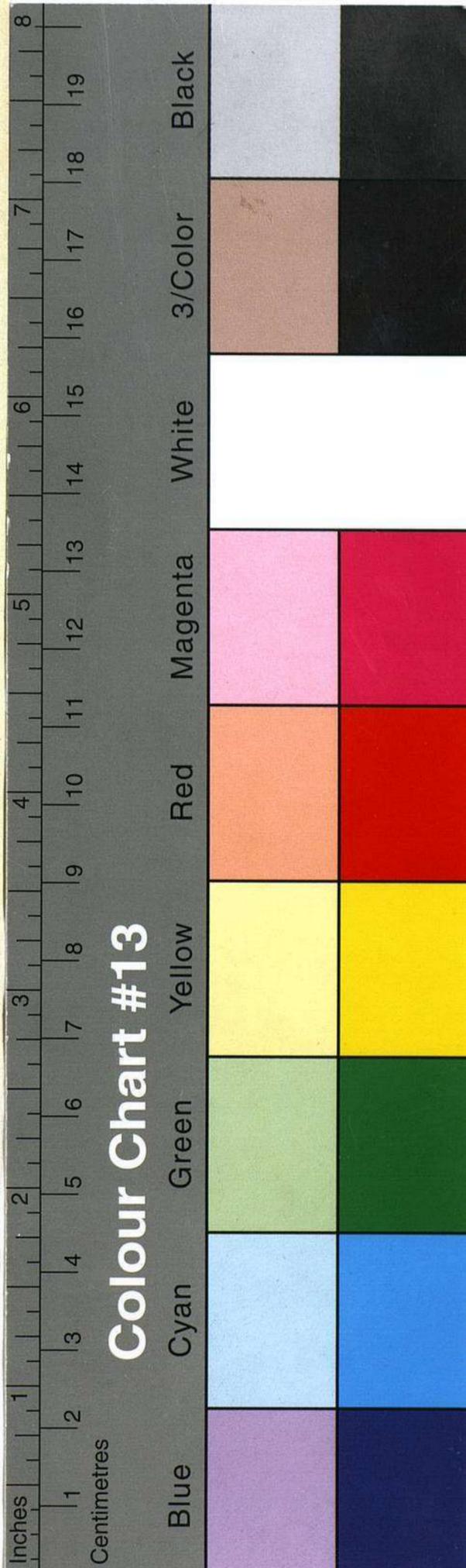
to... (viendo á Amalia.) Ah! eres tú, hija mia... llegas á buen tiempo... vamos á saber por fin, las disposiciones testamentarias de tu tio, de nuestro querido y desgraciado Genaro, que murió en Indias hace seis meses... He aqui lo que me escribe mi primo Bernardo Lopez.

AMA. Qué dice, padre mio?

ANT. (leyendo.) "Querido primo; hace dos horas solamente que he llegado á Madrid... Desde la muerte de mi dulce esposa, de mi santa Maria, mi estado de viudo no me permite, como sabes, recibir con la debida ostencion á mis queridos parientes... por lo que espero me perdonarás la libertad que me he tomado en citar en tu casa á toda la familia... asi, dentro de media hora tendré el gusto de verte... Mil cosas á Amalia." (frotándose las manos.) Ya lo ves, dentro de media hora serás proclamada la heredera mas rica de toda España!... Este pobre Bernardo es un santo, siempre alabando á su difunta muger, aunque no dejó de martirizarle durante su vida.

AMA. Pero, padre mio, está usted seguro que mi querido tio me ha dejado heredera de su inmensa fortuna?

ANT. Si estoy seguro? No eras tú su pariente mas cercano? .. hija de su hermana... Y quién mas que nosotros cuidó y asistió á Genaro durante su última estancia en Madrid? Mi casa no fue suya en todo... no podia á su placer mandar á mi cocinero que nos envenenara con sus malditas salsas? No le servian de rodillas todos mis criados? Tú misma, dócil á mis instrucciones, has olvidado alguna vez el llamarle mi buen tio?... no has adulado siempre su vanidad?... Porque era bastante orgulloso... Si despues de tantas pruebas de cariño te hubiera desheredado... diablo!... eso haria du-



dar de los sentimientos mas nobles... los lazos de la sangre serian una quimera... no habria justicia en el mundo.

AMA. (riendo.) En verdad, padre mio, que se entusiasma usted, como si le pidieran una contribucion extraordinaria.

ANT. (sentándose.) Escucha, ven aqui y siéntate á mi lado... Ya sabes, hija mia, que siempre he deseado asegurar tu fortuna... ahora que esta feliz... que digo! esta fatal circunstancia me pone, aunque á pesar mio, en la cruel necesidad de confiarte un secreto... que hace mucho tiempo es mi pesadilla...

AMA. Me asusta usted. Qué hay?

ANT. Si, debo hablar... debo decirte... que gracias al esplendor de mi casa... á mis lujosos muebles, y las brillantes soarés que siempre he dado... todo el mundo me cree rico...

AMA. Y qué, no lo es usted, padre mio?

ANT. No lo soy, hija mia.

AMA. Qué dice usted?

ANT. Ay! la verdad... Hace mucho tiempo que estoy arruinado, y solo el lujo de que he sabido rodearme ha sostenido la reputacion de mi fortuna, y á la sombra de esa falsa reputacion todo mi afan se reducía á proporcionarte un opulento matrimonio... En nada he descuidado tu educacion... dibujas maravillosamente... cantas y bailas con una gracia que admira; en fin, posees todas las cualidades necesarias para hacer la felicidad de un esposo... cualidades que me llenan de orgullo... y como deseaba casarte cuanto antes, habia pensado en Federico... pero...

AMA. Padre mio...

ANT. Yo estaba seguro que mereceria tu aprobacion... Hoy que vas á ser millonaria... debes tener pretensiones mas elevadas... Federico es un joven excelente, es verdad.. pero no debes pensar ya en él... La hija de Zapata, la heredera de Vedoya no debe dar su dorada mano sino á un conde, á un duque.

AMA. Sin embargo, padre mio...

ANT. (aparte.) Si ella me creyera poderoso, insistiria en casarse con Federico... (alto.) Yo me encargo de eso... Ya pronto llegarán nuestros parientes... Me rio de pensar las figuras que harán cuando sepan... Ja! ja! ja!... Pero dónde diablos anda mi secretario?

AMA. Arturo?... no le he visto en toda la mañana.

ANT. Es preciso confesar que es un ente estrechamente singular: pobre como Job y arrogante como César. Delante de todo el mundo me trata con un desden...

AMA. Arturo es pariente nuestro.

ANT. Oh! es verdad... ademas tiene talento... él compone mis discursos... escribe mis folletos... y lleva mis cuentas... En fin, como dices, es pariente nuestro... y proteger, socorrer á los parientes pobres, es un deber perfecto, como diria un publicista... eso es muy laudable y muy útil en el mundo... Por esa razon me he decidido á encargarme de la tutela de Casilda, aunque algunas veces siento haber cedido al impulso de mi corazon. (Amalia hace un movimiento.) Porque Casilda es joven, bella; posee todas las cualidades que hacen una muger encantadora... y dos jóvenes hermosas en una misma casa, se suelen perjudicar al-

gunas veces... Pero mi hermana Carlota me ha propuesto encargarse de Casilda...

AMA. Y no consiente usted?

ANT. Olvidas que á la muerte de su marido quedó Carlota dueña de una fortuna inmensa?... Si llega á tomar cariño á Casilda... si, si, esto merece reflexionarse.. Pero, calla... aqui vienen.

ESCENA II.

Los mismos, DOÑA CARLOTA y CASILDA.

ANT. Querida hermana! te esperábamos... pero, qué es eso?... Aun no te has puesto luto?

CAR. Querido hermano, el luto debe llevarse en el fondo del corazon, y no en los trages. Ademas, yo no conocia á Genaro y no puedo sentir su muerte.

ANT. (ap.) Siempre la misma. (alto.) Pero el qué dirán? Carlota, el qué dirán?... Casilda le respeta mas...

CAS. Sabe usted que don Genaro hizo grandes servicios á mi padre... y esto solamente...

ANT. Bien, Casilda, bien, hija mia... eso hace honor á tus sentimientos... (ap.) Si tendrá esta loquilla alguna esperanza? (se rie ap.)

CAR. Vamos á ver otra vez á nuestro querido Bernardo. Una cosa me inquieta, Antonio; quisiera saber si ese egecutor testamentario, conserva aun la mania de lamentarse de su fortuna... si se entristece al recuerdo de su buena, su dulce, su santa Maria, como él llama á su querida difunta, sin acordarse de lo mucho que le hizo sufrir... lo que prueba que haria un excelente marido... Yo he querido siempre al pobre Bernardo.. ja, ja, ja! No es cierto, Antonio, que hará un buen marido?

ESCENA III.

Los mismos, ARTURO, entra sin ser visto, y va á sentarse cerca de una mesa; don Antonio hace una señal de aprobacion.

CAR. (continuando.) Tendremos tambien, asi lo espero, al señor don Patricio economista politico, á don Luis el diputado orgulloso, padre de la patria, que desprecia á sus hijos si son pobres... ja, ja, ja! No es cierto, querido hermano?

ANT. Olvidas á Federico.

CAR. Federico! Ah! si... ese magnifico, ese brillante engendro de la nueva escuela... pobre joven degenerado, que no poseyendo ni bastante energia ni bastante salud para ser un calavera atrevido, da sus golpes á la sordina... pobre petimetre para quien el corte de un chaleco, el nudo de una corbata es un negocio de estado. y que cree hacerse el interesante afectando una languidez femenil... Pero todo eso era nada sino fuera ademas egoista y calculador.

ANT. Hermana mia!

AMA. Querida tia!

CAR. Ah! perdonadme, perdonadme... habia olvidado que es uno de vuestros amigos. (viendo á Arturo.) Ay! Arturo, no le habia visto á usted.

ANT. Tú aqui, mi querido Arturo..! Dónde diablos te has metido esta mañana?... Te has ocu-

pado en mis encargos?... Has compuesto el epitafio latino que te encargué, para la sepultura del pobre Genaro? Te has olvidado de componer mi discurso?

CAR. Y mis encargos?

AMA. Mi primo se ha acordado de tomar para esta noche un palco en el Circo? Ya sabe usted que quiero ver como son los cinco sentidos.

ART. (leyendo en un libro.) Verdaderamente que el autor tiene razon sobre este punto.

ANT. En qué diablos piensas? Qué es lo que dice ese autor?

ART. Afirma que hacer un servicio, aunque sea indiscretamente pedido... es probar paciencia y caridad... Me tienen ustedes enteramente á su disposicion.

ANT. Eso es; siempre con ideas tristes!

CAR. Das á Arturo estrañas libertades, querido hermano.

CAS. (ap.) Eso es todo lo que se le dá!... pobre Arturo!

ANT. (á doña Carlota.) Es un maniático... pero tiene buen fondo!

ART. Dispéñseme usted, querido tío, si vuelvo á molestarle... Tengo que pedir á usted una gracia.

ART. Una gracia? Cuáles es?

ART. Implorar por última vez, el auxilio de usted en favor de mi pobre nodriza que...

ANT. Oh! oh! Tu nodriza...

CAR. Antonio, yo te tenia por muy caritativo, pero veo que me he engañado. (Carlota queda inmóvil y observa á Arturo.)

ART. Esa pobre muger fue la última amiga de mi madre, señor... está á las puertas de la muerte... privada de todo recurso... y... si mis débiles servicios merecen algun salario, yo quisiera... desearia...

ANT. Mi querido Arturo, yo tendria mucho gusto en hacerte un servicio personal... En cuanto á tu nodriza... (ap.) Nunca se cansa de pedir para los pobres. (alto.) Hablaremos otro dia... mañana... La triste ocupacion de este dia reclama todos mis cuidados. (mira su reloj.) Es muy tarde... y tengo que escribir diez cartas. Adios, adios... mañana hablaremos de eso...

ART. Mañana! y será tiempo aun?

ESCENA IV.

Los mismos, menos DON ANTONIO.

AMA. (sacando un bolsillo.) Yo desearia ofrecerle mucho, pero mi padre me dá tan poco... (vuelve á guardar el bolsillo.) Arturo... quiere usted escribirme las señas de esa pobre muger?

ART. (escribe las señas y se las dá á Amalia; Casilda se acerca y las lee ap.) Apesar de sus defectos, tiene buen corazon. (alto.) Amalia, si esa pobre muger no hubiera cerrado los ojos de mi madre... no hubiera pedido para ella esta limosna.

AMA. Yo os prometo hacer alguna cosa por ella.

ANT. (dentro.) Amalia! Amalia!

AMA. Mi padre me llama. (vase.)

ESCENA V.

CASILDA, DOÑA CARLOTA, ARTURO, que se dirige á la mesa de la derecha y abre un libro.

CAS. Pobre Arturo!... verse tan humillado... Ah!

ahora puedo hacerle un servicio. (se sienta para escribir.) Dios mio! conocerá mi letra.

CAR. Qué quieres hacer de esos palotes, Casilda?

CAS. Silencio... por favor, señora, usted que es tan buena no me descubrirá.

CAR. Descubrirlo yo! No te entiendo.

CAS. Esto es para una pobre, y yo no quisiera que llegara á saber de donde recibia este socorro... porque acaso lo rehusaria... pero si usted quiere...

CAR. Qué?... Encargarme de dar yo misma?... Y son esas todas tus economias?... Si quisiera yo podria...

CAS. Oh! no... quiero que lo reciba de mi solamente... esto es para mi un placer... y tengo tan pocos placeres!... puesto que quiere usted hacerme este favor, voy á explicarla... (se separan á un lado del fondo de la escena.)

ART. (sentado cerca de la mesa.) Estaré condenado á soportar largo tiempo esta horrible existencia?... Dinero! he ahí lo que hace al hombre... ambicion, genio, talento, ciencia... todo se encierra en esta palabra, dinero! Yo tengo ambicion, si, y la pobreza me tiene abatido!... Siento aquí una cosa que me dice: marcha!... porque tienes genio, y la pobreza me espone á la risa de los necios... Tengo en el corazon un amor que haria mi fortuna, mi felicidad suprema... y la horrible miseria se levanta entre mi amor y el ángel que me le ha inspirado... Oh! este pensamiento es horrible!... Daria mi vida, mi alma, á quien me diera el poder de decir á esos hombres que detesto: sois unos infames!... unos miserables!... Insensatos! este derecho que tú has adquirido y adquieres todos los dias por mil sufrimientos que atormentan tu corazon, quién puede dártelo?... El oro, el oro, si, mucho oro!... (doña Carlota y Casilda bajan á la escena.)

CAR. Convenido: te juro guardar secreto. Mi doncella copiará esta carta. (vase.)

ESCENA VI.

CASILDA, ARTURO, FEDERICO, entra con aire pedante.

FED. Qué, no hay nadie por aqui?... Ah! señorita, no se turbe usted. Suplico me diga si sabe dónde está Amalia. (Federico se sienta. Arturo se levanta, coge una silla y se la ofrece á Casilda.)

ART. Insolente!

CAS. Si así lo desea usted, caballero, mandaré que avisen á Amalia.

FED. Mil gracias! no se moleste usted en ello. Pedro se ha encargado de anunciarme al señor don Antonio. (ap.) Hermosa criatura.

ART. El único recuerdo que en el suelo (leyendo.) deja el hombre, es miseria y desconsuelo.

Qué verdad es!

FED. Qué dices?

ART. Le coje á usted la verdad del poeta?... Cooper... le conoce usted?

FED. Ah! si... Cooper. (ap.) En verdad que no puedo medir, por mucho tiempo, mis fuerzas con este hombre. (á Casilda.) Este Arturo es un tipo cada vez mas estraño y original. Ah! se me olvidaba, ¿cuándo se lee el testamento? Esto me interesa.

PED. El amo espera á su señoría en la biblioteca...

FED. Alla voy. (*ap.*) No hay duda, esta criatura es encantadora. Yo estoy enamorado de Amalia... sin embargo, esta me parece tan hermosa. (*alto.*) Señorita Casilda, tengo el honor de ponerme á los pies de usted, (*se vuelve hacia Arturo que afecta no mirarle.*) Verdaderamente, este hombre me desagrada en extremo. (*vase.*)

ESCENA VII.

CASILDA, ARTURO.

ART. Casilda!

CAS. Primo mio.

ART. Tambien tú vives subyugada.

CAS. El amor de mi tia Carlota me hace olvidar mi triste posicion... es tan amable!

ART. Olvidar... pero el mundo no la olvida.

CAS. Eres muy cruel, Arturo.

ART. Perdóname, Casilda... Muchas veces el cariño está mezclado de amarguras en el corazon del que se siente superior á su condicion... y sin embargo, hoy dia me es indiferente lo que antes escitaba mi curiosidad; pero cuando una mirada desdeñosa viene á fijarse en ti, cuando te dirigen una palabra fria y altanera... á ti, Casilda, tan noble, tan bella... entonces sufro todos los tormentos que oprimen á un corazon, que no puede proteger á quien ama.

CAS. Pero yo, Arturo, tengo valor, sé despreciar la insolencia.

ART. Yo tambien... pero no sabes el suplicio á que estoy condenado cuando uno de esos jóvenes, ricos y admirados, se acerca á ti... cada una de tus sonrisas es un puñal que hiere mi corazon. Si, Casilda, tu misma belleza es un tormento para mi alma. Por tí he soportado la penosa servidumbre de esta casa, la burla de los necios, el sarcasmo de los ricos... yo he ganado mi sustento con un trabajo incesante y estéril... y todo, por qué? por verte, por oirte, por estar cerca de ti, porque conozco que necesitas un protector, un amigo, si, un amigo que á la primera insolencia que te hagan, pueda salir á tu defensa, y hacer que te respeten.

CAS. Oh! noble Arturo!

ART. Por eso he sufrido en silencio: porque, creeme, Casilda, no hay injurias en el mundo que la esperanza no haga olvidar... y esta esperanza me la ha dado el amor. Oh Casilda! los dos somos huérfanos y no tenemos amigos; tú eres para mi el mundo entero: no me abandones... es mi corazon, mi alma quien te habla... Si... Casilda... yo te amo!..

CAS. (*ap.*) Oh! Gracias, Dios mio, gracias.

ART. Sin amigos, sin fortuna, solo en la tierra, tú eres para mí el mundo. En nombre del amor mas puro, dime una palabra, una sola palabra que haga renacer mi valor... si hasta ahora me he contenido, creeme, angel de mi alma, ha sido porque no me atrevia á concebir la esperanza de ser amado de ti... Casilda, esa palabra que debe cambiar todo mi destino, esa palabra, en nombre del cielo, pronúnciala! (*cae arrodillado á los pies de Casilda.*)

CAS. (*ap.*) Sostenedme, Dios mio!

ART. Callas! apartas de mi tus ojos...

CAS. (*id.*) Tendré valor, Dios mio! (*alto.*) Levántate, Arturo, y olvida esos locos pensamientos; nuestra union es imposible; pensar en ella seria engañarnos el uno al otro.

ART. Porque soy pobre...

CAS. Porque lo soy tambien... porque esa union seria para nosotros una larga serie de privaciones, de miseria tal vez... Ah! Creeme, Arturo, he sido testigo de una desgracia semejante... Si, rechaza esa esperanza insensata...

ART. (*ap.*) Serás obedecida... (*alto.*) He sido un loco. Atreverme á creer que era amado... yo cuya juventud es tan desventurada... yo que no puedo ser amado de nadie, y que á nadie debia amar!..

CAS. (*ap.*) Dios mio! que no pudiera yo unir sus padecimientos á los míos!

ART. En fin... me rechazas?

CAS. Es necesario.

ART. ¡Casilda!

CAS. (*ap.*) ¡Oh! no puedo mas. (*alto.*) En nombre del cielo olvida ese amor que causaria tu desgracia... A Dios: y él te dé la tranquilidad que necesita mi alma. (*vase.*)

ART. Dios mio! Dios mio! Si amaré á otro... Si, no hay duda... sin embargo, ayer aun, me pareció que se llevaba á los labios las flores que yo le habia dado... Su mano temblaba al tocar la mia... me parecia que... pero ¡ah! no... ilusion... mentira!... la verdad es esta, esta es la voz que te grita: «Atrás, esclavo de la miseria, humilla tu frente delante de los poderosos! arrodillate delante del oro!»

ESCENA VIII.

ARTURO, PATRICIO, DON LUIS.

PAT. Buenos dias, Arturo; que hay de nuevo?

ART. Dicen que los hombres de talento son raros.

PAT. Ahí teneis á D. Luis, nuestro gran publicista... célebre diputado.

Luis. (*entrando.*) Buenos dias, señores. (*dirige un gesto de proteccion á Arturo.*) Veo con placer que no he sido el último á la cita... Temia haber llegado tarde.

PAT. Ya ves que no, Luis.

Luis. Hoy se ha reunido la comision encargada de revisar las solicitudes dirigidas al Congreso, y nos hemos detenido demasiado... crei que no acabábamos nunca... No pueden ustedes figurarse hasta qué extremo son ignorantes y estúpidos los pobres de España... las mugeres sobre todo. Hay una viuda de no sé qué marino, que se dice madre de ocho hijos, y que no puede comprender como los intereses de la patria, y las reglas de la moral, se opongan al socorro de las viudas de los que dicen que han hecho grandes servicios á su nacion, y han muerto por ella: eso es increíble!

ART. Ja! ja! ja! (*con risa convulsiva.*) Tiene usted razon, es increíble. Y una viuda de un marino; y ahora que estamos convencidos que la marina es inutil en España.

PAT. Como! (*vivamente y con indignacion.*) Tambien usted, Arturo, profesa semejantes máximas... Señores, eso es pensar contra la humanidad, y contra las leyes naturales... No debe

dejarse morir de hambre á los pobres.
ANT. Morir de hambre!... Discurre usted muy vulgarmente. Nadie se muere de hambre... y aunque eso fuera, deben los ricos derramar su oro socorriendo á todos los que le digan; «me muero de hambre!...» Eso sería ensoberbecer la miseria...

LUIS. Este Arturo es, sin disputa, un hombre excelente.

PAT. Atroces principios!... Dichosos los tiempos en que los ricos estaban obligados á socorrer á los pobres. No sucede ahora lo mismo.

ART. Reflexionándolo bien, tiene usted razon. Y yo conozco, tambien, una pobre muger enferma... moribunda... debe morir sin socorros?

LUIS. (Malo! ya piensa de otra manera.)

PAT. Morir sin socorros... en un pais cristiano?.. Vaya, eso es imposible!

ART. (tendiendo la mano.) Bien, señor D. Patricio, muy bien. Deme usted una limosna para esa pobre muger.

PAT. Luego... luego... pero qué diablos, eso pertenece á la parroquia.

ART. Como! á la parroquia! no, usted no consentirá...

PAT. Ciertamente, Arturo... ese cuidado toca particularmente á la parroquia... Dejar morir de hambre á los pobres!... Eso no es posible: la parroquia debe socorrerlos... si se niega, todo hombre que profese mis principios y quiera que se observen las leyes humanas, debe tomar sus medidas para obligarla... Yo sostengo que el mejor medio de obligar á la parroquia á que socorra á sus pobres, es...

ART. Ayudarlos en sus necesidades...
PAT. Es no darles cosa alguna, para no hacerlos holgazanes.

LUIS. (ap.) Oh! que hombre tan hábil.

ART. Miserables! (ap.)

PAT. Pero ya llegan todos nuestros parientes, con el escribano, el honrado Gabilan.

ESCENA IX.

Los mismos, D. ANTONIO, FEDERICO, DOÑA CARLOTA, CASILDA, AMALIA, BERNARDO SANTILLAN, GAVILAN.

ANT. (á don Patricio y don Luis.) Señores, he aqui nuestro amigo y pariente el señor don Bernardo Santillan.

PAT. Sea usted bien venido, querido pariente y amigo, siento mucho que un suceso tan lamentable sea el motivo de nuestra reunion.

ANT. Eso mismo decia yo hace poco... Mi querido Genaro...!

FED. Uu sugeto tan respetable!.. era mi padrino.

ANT. Y tio de Amalia, á quien amaba como á una hija. Que hombre tan excelente... aunque era algo escéntrico.

FED. Que corazon!

ANT. Hacia mucho tiempo que se hallaba atacado de una afeccion pulmonal... yo le enviaba todos los años abundantes botellas de agua mineral... ¡Oh! es un consuelo para mi el recordar las pequeñas atenciones que he tenido con él durante su vida.

LUIS. Yo le he remitido todos los años las sesiones de cortes. Pero el pobre Genaro no era hombre de talento, y lo ha probado muy bien, quedando oscurecido.

ANT. Desde la mansion celeste debe congratularse, amigo Benavides, oyendo las alabanzas de sus buenos parientes: esto será un dulce consuelo para su alma.

CAR. Ja! ja! ja!

ANT. (bajo.) Silencio, hermana... nada te importa el qué dirán?... (á don Bernardo.) ¡Ah! Desgraciado acontecimiento, querido Bernardo.

BER. Todo es desgraciado sobre la tierra.

ANT. Yo soy el pariente mas cercano de Genaro, y debo sentir mas su muerte... Vayan ustedes tomando asiento, señores... se va á leer el testamento.

BER. (dando un paquete cerrado al escribano.) Tomad y leed, señor escribano... creo que el testamento sea muy corto.

Esc. El señor don Genaro Bedoya iba siempre derecho al asunto. (gran silencio, toma el paquete, y lee.) «En el nombre de Dios Todopoderoso; yo don Genaro Bedoya..»

ANT. Fórmula ordinaria... Adelante, adelante...

Esc. (continuando.) «Lego á mi primo don Luis Benavides... (movimiento general.) Seiscientos cuatro reales y cinco maravedises; suma equivalente á las sesiones de cortes, con cuyos fastidiosos impresos ha querido molestarme durante mucho tiempo... Se halla deducido del importe total de dichas sesiones el de la conduccion que mi caro primo se olvidó pagar. (todos se rien.)»

LUIS. Al fin viejo y loco!

ANT. Primo... el que dirán!.. la moral pública!..

Esc. «A don Federico Bedoya, uno de mis mas cercanos parientes!..»

FED. Qué excelente padrino!..

Esc. (continuando.) El mas elegante figurin de toda España... y en memoria de su gran mérito lego cinco mil reales, con la condicion de emplearlos en un *necesaire*.

FED. Que necia burla... á fé que es de muy mal gusto.

Esc. «Al señor don Patricio Ortega, que se dice mi pariente, aunque es noble, lego mi genealogia descendiente de un sacristan.

PAT. Eso es una estrabagancia original!

ANT. Amigo Patricio... respetad el qué dirán.

Esc. «Al señor don Antonio Zapata... baron del Pino, etcetera, etcetera, etcetera.»

ANT. Silencio, señores. (ap.) Esto empieza á ser interesante.

Esc. «Que todos los años me enviaba el agua mineral, que yo tube la necedad de usar, y cuyos efectos me han sido bien fatales.

ANT. ¡Oh!

Esc. (atencion general.) Lego... las botellas vacias. (risa general.)

ANT. Eso es infame!

BER. Señor don Antonio, el qué dirán! No le importa á usted nada el qué dirán?

Esc. «A Bernardo Santillan... Lego la suma de doscientos mil reales en papel del Estado.

BER. ¡Huy! en papel del estado... fondos sin crédito, y en fatal circulacion.

Esc. «A mi sobrina Amalia...»

ANT. Por fin...

Esc. «Lego la suma de cuatrocientos mil reales, que unidos á lo que tiene su padre, bastará á asegurarla una fortuna decente.

ANT. Pero á quien ha dejado ese viejo loco su

inmensa fortuna?

ALGUNOS. Silencio!

Esc. «Mediante hallarme sin herederos forzosos, instituyo y nombro por heredero único y universal de todos mis bienes, á escepcion de las mandas arriba espresadas, á don Arturo Lopez, sobrino mio en segundo grado.

Todos. Arturo!

ART. A mi!

Esc. «Un original de mi especie, el único de mis parientes que jamás me ha molestado, y que conoce las privaciones, sabrá mejor que alguno otro emplear mis riquezas.

ART. (ap.) ¡Ah! Casilda! Casilda! si me hubieras amado, nada faltaria á mi felicidad!..

CAS. (Mas que la pobreza, nos separa esa fortuna.)

ART. (bajo á su hija.) Valor, tengamos constancia... Arturo es un excelente muchacho. (alto.)

Mi querido Arturo, te doy la mas completa enhorabuena.

PAT. Y yo tambien, Arturo.

LUIS. Querido primo, yo espero que dispondrás de mi á tu gusto.

FED. Yo le presentaré á usted en la alta sociedad.

ANT. Arturo no necesita de nadie; aqui está en su casa; yo le he tratado siempre como á hijo, no hay cosa que yo no esté pronto á hacer por él... absolutamente ninguna.

ART. Prestadme dos pesetas para mi pobre nodriza. (todos sacan los bolsillos.) Gracias, señores, gracias: la intencion basta; quedo muy agradecido á la generosidad de ustedes, y les suplico tengan la bondad de dejarme solo unos momentos con el señor don Bernardo.

ANT. ¡Ah! con mucho gusto, sabes que estas en tu casa y puedes disponer de ella á tu antojo.

Vamos, señores, los secretos de las personas que se aman deben respetarse.

ESCENA X.

ARTURO, y DON BERNARDO.

BER. Qué me quieres, Arturo?

ART. ¡Ah! mi querido amigo, no hay felicidad completa en este mundo!

BER. Gran noticia! Es todo eso lo que tienes que decirme? Pues ya hace mucho tiempo que lo sé por mi desgracia... cuando perdí á mi santa Maria...

ART. Usted es el único amigo que tengo en el mundo: durante su ausencia no he hallado uno siquiera que llegara á consolarme en la desgracia... Si, fuera de usted la amistad es una mentira... entre usted y yo existe cierta simpatía. Sin duda por nuestra semejanza en el modo de ver las cosas. Ninguno otro podria comprenderme, ni darme los consuelos que necesita mi alma.

BER. Tristes consuelos serán los que yo pueda darte, Arturo, porque soy muy desgraciado.

ART. Y soy yo mas feliz, amigo mio? No. El rico huye del que es pobre. El desdichado solo encuentra apoyo y consuelo en el que es desventurado como él... (sentandose.)

Escucheme usted, querido amigo; es muy triste la historia que voy á contarle, aunque es la de unas gentes honradas.—Naci de una familia pobre aun-

que emparentada con otras bastantes poderosas, y perdí á mi padre siendo yo muy joven. Mi pobre madre quedó sola en el mundo con un hijo que apenas contaba ocho años; pero no retrocedió ante sacrificio alguno, y se impuso las mayores privaciones para criar á su hijo y darle una brillante educacion... Decia que valia mas la ciencia que todo el oro del mundo... Asi debia ser, pero desgraciadamente no lo es... horrible mentira!..

BER. Continua, Arturo, continua.

ART. Cuando concluí los primeros estudios empecé la carrera de la jurisprudencia en la universidad de Valladolid. Viuda mi madre de un honrado militar, aunque la viudedad que disfrutaba era mas que suficiente para atender con desahogo á las necesidades de mi carrera, el atraso conque recibia sus pagas la imposibilitaba cada dia mas para atender ni aun á la precisa subsistencia. Llegó por fin á un año en que la fue imposible pagar mi matrícula... y esto ocasionó tal tristeza en la infeliz anciana, que al fin la condujo á la muerte. Decir el dolor que sufrió mi alma, es superior á mis fuerzas... oprimido el corazon con tan triste recuerdo, vine á Madrid... Habia oido hablar muchas veces de no sé que parentesco entre mi padre y el señor don Antonio Zapata... y vine á ofrecerle mis servicios. Muchas veces me ha preguntado usted, querido primo, como tenia valor para sufrir las humillaciones con que me abrumaba este hombre. Voy á decirlo... Es porque en esta casa hallé una muger, un angel, que desde el dia que la vi fue dueña de mi destino... Si, querido amigo, amo á Casilda, la amo como un loco, como un insensato!

BER. Y ese amor?

ART. Crei al principio que era correspondido... pero no tardé mucho tiempo en saber que me habia engañado.

BER. Como! Casilda!..

ART. No me amaba lo bastante para arrostrar la miseria...

BER. Bien, pero ahora...

ART. Ha rechazado tambien mi fortuna, lo cual prueba que ama á otro... Además, bien reflexionado, no quiero deber á mi fortuna lo que se ha negado á mi amor... No, amigo, una union en la cual cada uno de los esposos estime algo al otro, puede no llevar la felicidad, pero si la tranquilidad... Pero casarse con una muger adorada que corresponde al amor con frialdad... en una palabra, adorar á la estatua que nuestro soplo no puede animar... ¡Oh! Seria un infierno... (con viveza.) Amalia tal vez...

BER. Amalia es frívola, caprichosa...

ART. ¡Ah! no asesine usted mi esperanza. Necesito de usted, amigo mio; observe usted á Amalia, estudie su caracter, y si es una muger siquiera digna de respeto, la ofreceré mi mano. En cuanto á Casilda, yo me vengaré de ella.

BER. Como, Arturo, tomar una venganza?

ART. ¡Ah! no tema usted... Pero ya nos esperan demasiado; vamos.

BER. Yo espero que Casilda no tendrá...

ART. Mi venganza será noble, lo juro.

BRR. Dios lo haga.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

EL ESCRIBANO, *sentado*, ARTURO, *entrando en bata*

ART. Buenos dias, señor escribano; estan corrientes esos papeles?

Esc. Corrientes, señor excelentísimo.

ART. Excelentísimo!.. Sabe usted que no me pertenece ese tratamiento... Digame usted: ¿podré comprar sin recelo esas posesiones?

Esc. Sin ningun recelo; vuecelencia no puede hacer mejor adquisicion.

ART. Otra vez!.. Escúcheme usted, señor Gabilan... Heredero de una fortuna inmensa, incalculable, necesito un hombre activo, inteligente y sobre todo honrado, para que me ayude á emplear mis capitales... He pensado en usted, seguro de que posee las cualidades que acabo de nombrar: al pensar en las buenas circunstancias que adornan á usted, no he olvidado sus defectos, que no dudo tendrá, como todos tenemos... Pues bien, desde ahora se los perdono todos, menos uno, el de adular. El hombre que se humilla hasta ese extremo, es un vil, que toda sociedad bien organizada debe arrojar de su seno, y ojalá que en la que estamos condenados á vivir no hubiera tantos... No lo olvide usted; yo me llamo Arturo, y no excelentísimo señor don Arturo... Hasta luego, mi querido Gabilan. *(el Escribano hace un saludo respetuoso y se va. Pedro aparece en la puerta del foro.)* ¿Qué hay?

PED. El retratista don Rafael Moreno, el editor don Silvestre Avejon, el arquitecto, el maestro de coches, el tratante en caballos y el sastre.

ART. Ya, ya! Todos aves de rapiña á quienes trae aquí el olor del dinero. Di que entren el retratista y el editor: los demas que se esperen. *(vase Pedro.)* Avejon, ave grande, de uñas encorvadas, siempre pronta á clavarlas en el prójimo... Editor sin conciencia, ladrón sin remordimientos del sudor de los pobres diablos que trabajan para sus prensas... En cuanto á Moreno, es otra cosa, tiene el alma demasiado blanca... Pintor célebre, no por sus cuadros, yo le tengo por una mediania muy mediana.. Sin embargo, todo el mundo quiere ser retratado por Moreno. Es rico, y por eso tiene talento.

ESCENA II.

ARTURO, MORENO, AVEJÓN.

ART. *(medio recostado en el sofá.)* Buenos dias, señores... A qué debo el honor de esta visita?

AVE. Señor don Arturo... yo vengo á suplicar á usted me perdone.

ART. Qué mal me ha hecho usted que deba perdonarle?

AVE. Este poema, señor don Arturo, este poema que...

ma que... que yo...
ART. Ja! ja! Ese poema que se negó usted á comprarlo hace cuatro meses?... Pero tenia usted razon, señor Avejon: eran unos versos tan malos que no hubieran hecho honor alguno, ni al autor ni al editor... Tales fueron sus palabras de usted.

MOR. De veras, señor don Arturo!.. y usted se negó á imprimirle! Desventurado; rechazar así la fortuna.

AVE. ¡Ah! Señor don Arturo... este poema... lo confieso... le habia leído mal... muy mal...

ART. *(ap.)* Apostaria á que ni siquiera le ha leído.

AVE. Ya comprenderá usted... mis muchas ocupaciones.. pero apenas me vi libre, me apresuré á leerlo con cuidado... Y me convencí al momento que habia sido un necio, en...

ART. De veras?

AVE. ¡Ah! señores; es una fortuna inmensa... no pueden ustedes formarse una idea... Si, la publicacion de esta obra es una grandiosa fortuna... Un poema del señor don Arturo Lopez... etcétera... del hombre mas rico de toda España, célebre ya por su inmensa fortuna... No hay duda... todo el mundo querrá leerlo.

ART. Este es el mundo. Y, lo mismo que usted, todos le creerán admirable?... Piénselo usted bien, señor Avejon.

AVE. Lo creerán, porque, en efecto, lo es... Qué versos! qué invencion! qué pensamientos!... Cinco mil duros doy á usted por él, cinco mil duros, y mi eterno agradecimiento.

ART. Cinco mil duros por un poema que ha de hacer una inmensa fortuna!.. La ventaja no está en mi favor. Pero como es que no lo quiso usted por cinco mil reales hace apenas cuatro meses?... Temo que se equivoque usted y pierda su fortuna, señor mio.

AVE. Le suplico, señor don Arturo, no me niegue usted esa dicha... Ya sabe usted que soy el editor de los primeros literatos... y un poema escrito por un hombre tan poderoso como usted, debe ofrecerse interés á todo el mundo... debe imprimirse con lujo... y yo lo haré con láminas en madera, en acero, en bronce; como usted quiera; papel vitela satinado, fundicion nueva.

ART. No desatine usted mas, señor mio.

AVE. Pero señor...

ART. Bien, ya hablaremos. Y usted qué es lo que quiere, señor de Moreno?

MOR. Yo, señor, tengo la honra de venir á ofrecer mis servicios al hombre mas inteligente en pinturas que tiene la nacion española!

ART. Y soy yo ese hombre tan inteligente?

MOR. Ya lo ha probado usted comprando en cuatro mil duros el hermoso cuadro de Murillo que tenia Madrazo.

ART. Eso probará cuando mas que el cuadro me gustó, que tenia confianza en el pintor que me lo vendia, y que soy bastante rico para pagarlo.

MOR. Eso es modestia, señor, modestia... Como el pintor mas favorecido de nuestros elegantes, solicito el favor de retratar á usted.

ART. Eso es demasiado honor para mi, señor de Moreno.

MOR. Ese retrato haria mi fortuna... Todos querrian ser retratados por el que habia tenido el

honor de fijar en el lienzo las nobles facciones de usted.

ART. Basta, basta, señores... Ustedes me prueban que la sentencia de mi sastrero es falsa... Ayer me decía: el hábito hace al monge... yo digo hoy, que es... el dinero!

PED. (anunciando.) El señor don Luis Benavides!

ART. Que pase... A Dios, señores.

AVE. (ap) Insolente como un pobre resucitado. (alto saludando con humildad.) Espero vuestras órdenes, Excmo. Señor.

MOR. Y yo, señor.

ART. Gracias, señores, mil gracias, no quiero la amarga gloria que ustedes me ofrecen; me basta con el oro que poseo para ser respetado y querido.

AVE. Pero...

ART. Bien, bien, ya veremos. (hace un saludo y se retiran.)

ESCENA III.

ARTURO, don Luis, entrando con viveza.

LUIS. Buenos días, querido Arturo, y perdone usted que...

ART. Qué, señor don Luis?... qué pasa?... tome usted asiento y dígame...

LUIS. Acabo de saber que ha comprado usted la posesión de Hinojosa...

ART. Es cierto... Mi escribano acaba de asegurarme que he hecho un gran negocio.

LUIS. Pues bien, mi querido Arturo, sabe usted que Aguirre, diputado por la provincia en que se halla esa posesión, está próximo a la muerte?

ART. No permita Dios que se muera, porque tengo para mí que es un diputado independiente y honrado cual otro, si le hay.

LUIS. Yo estoy desconsolado, querido Arturo; desconsolado, lo juro por mi honor... Pero los intereses generales son antes que los intereses privados; este principio, arraigado hace tiempo en mí, es causa de que no me sea posible concretarme en un todo a los individuos... Dios atiende a la especie, no al individuo: principio que sirve de moral a mis acciones.

ART. Así lo veo.

LUIS. Nuestro amigo y compatriota Saenz piensa marchar a Soria en el momento que Aguirre muera. Con su crédito de antes asegura la elección. Consiente usted en que se le nombre diputado.

ART. Manifiesta usted un interés por mí, querido don Luis... (Que me parece sospechoso.)

LUIS. Interés que no tiene más objeto que el bien público. (Y el mío.) Si, Arturo, créame usted, la patria antes que todo. ¡Ah! aquí viene Ortega.

ESCENA IV.

Los mismos, DON PATRICIO.

PAT. (foro derecha.) Qué dicha hallar a usted en casa, señor don Arturo... Saben ustedes lo que pasa?

ART. Que el señor de Aguirre está enfermo?

PAT. Muerto!... querido amigo, muerto!... Sé que ha comprado usted la magnífica posesión de Hinojosa, y eso le dá en el país un crédito extraordinario. Se trata de nombrar a usted di-

putado. (¡Ah! si puedo conseguirlo votará como yo quiera...) Consiente usted en ello, Arturo?

LUIS. Yo le he suplicado lo mismo.

ART. Poco a poco, señores... Eso merece reflexionarse... Además, yo soy enteramente desconocido en esa provincia.

PAT. Eso es cierto... pero la posesión que usted acaba de comprar es muy estimada... Y créame usted, es la propiedad, solo la propiedad la que influye en las votaciones. (Qué diablos de salida!)

ART. Ojalá fuese eso cierto, señores... Sin embargo que tengo para mí, que además de esa cualidad tan necesaria, no lo son menos otras de que yo carezco absolutamente... Se necesita talento y ciencia.

LUIS. Es usted demasiado modesto... Usted posee esas cualidades en alto grado... Y aunque carezca usted, como es muy natural, en un principio de la práctica parlamentaria, eso nada importa. Además, nosotros conocemos ya las verdaderas necesidades del país, y el único modo que hay de remediarlas, y ayudariamos a usted con nuestros consejos para que su voto no se estraviara. Nuestro norte es el progreso de la libertad.

ART. Sin embargo... el interés propio ciega demasiado, y hay muchos que ven la libertad en lo que a ellos les hace señores y a los demás esclavos suyos.

PAT. Nuestros intereses, Arturo, son los de la patria: poseemos unas rentas de treinta mil reales, lo que es para la nación una garantía de que no votaremos jamás sino en favor de los intereses nacionales.

ART. Oh! tienen ustedes mucha razón. Sin buenas leyes no hay propiedad... y el objeto de toda ley debe ser ese... sin ello no hay sociedad tranquila ni posible... Sin embargo, un ministerio sin responsabilidad verdadera ahaga mucho, y pudiera ser que algún día les llegara a cegar a ustedes el oropel de la silla ministerial, y lanzados en una oposición desordenada, nos precipitáramos ciegos y lazarillos. Marcho bien por el camino llano de la vida privada, y no quiero pisar el escabroso de la vida pública.

LUIS. Ya conoce usted las infinitas cargas que pesan sobre el país, y nosotros estamos en la obligación de subir donde podamos aliviarlas.

ART. (No decía yo!) Basta, señores, basta... Será tal vez vergonzoso lo que voy a confesar a ustedes, pero debo ser franco... Yo no tengo opiniones políticas.

LUIS. y PAT. No tiene usted opiniones?

ART. No... Escúchenme ustedes... Han jugado ustedes alguna vez al volante? A ese juego que consiste en lanzar con destreza un pequeño objeto elástico y ligero? El volante sube, baja; tan pronto está en un lado como en otro: los espectadores le miran con grande atención!... Los jugadores parece que luchan con interés... el volante toma mil formas sin tener ninguna; pero llega a caer, se le observa de cerca, se le mira con cuidado... Qué se vé? Un pedazo de lana y algunas plumas... Jueguen ustedes si quieren al volante: en cuanto a mí, confieso que soy muy torpe.

LUIS. Piense usted que todo el país tiene puestos los ojos en usted.

ART. Lo aprecio, señores, lo aprecio; pero quiero demasiado á mi patria para que me agrade contribuir, aunque sin intencion, á su infelicidad.

PAT. Me ofrece usted pensarlo con mas detenimiento?

ART. (Qué pesadez! Nada se pierde en ofrecerlo.) Bien, señores, lo pensaré. (saluda.) Saludo á ustedes.

LOIS. Hasta despues, querido Arturo.

ART. Adios, señores. (vanse.)

ESCENA V.

ARTURO solo.

Ja! ja! ja! pobres locos... Pero no, esto es hacerlos demasiado honor... La ambicion, el oro, ese es el móvil de esos hombres... Ah! Dios mio! dónde está la honradez? dónde? Me dirán que en el corazon... mentira, no está mas que en el bolsillo... Cuántos hombres se llaman honrados que si sus bolsillos estuvieran vacios tres días solamente, venderian sus conciencias, sus cuerpos y sus almas por un poco de oro... Y á quién se condena? A la humanidad entera!... ¡Oh! cuando yo era pobre aborrecia el mundo; ahora... le desprecio... porque no se compone mas que de locos, de bribones y de hipócritas... (dirijiéndose á la mesa.) Veamos si mi escribano se ha acordado de enviar los cinco mil reales á ese pobre albañil que se le quemó la casa ayer.

ESCENA VI.

ARTURO, DON BERNARDO.

BER. (entrando.) Buenos días, querido Arturo.

ART. (volviéndose.) ¡Ah! es usted, amigo mio...

BER. Qué tal? Estás mas consolado?

ART. Mas desengañado cada dia de lo que es el mundo.

BER. ¡Oh! es una cosa muy mala... Si no fuera por obedecer á Dios que me manda vivir en el mundo, te aseguro que ya me hubiera marchado á otra parte.

ART. El mundo es un perro que acaricia al señor y muerde al esclavo... Yo he sido ese esclavo, amigo mio... ahora el perro me acaricia porque soy el señor... porque le he comprado.

BER. Lo que me consuela es la prediccion de ciertos astrónomos, que anuncian la aparicion de un cometa que debe trastornarlo todo.

ART. Cada hora del dia enseña alguna cosa... El carácter se agria... las afecciones se marchitan, el corazon se endurece. ¿Por qué no vendrá mi escribano á decirme si ha enviado esa cantidad al pobre albañil?

BER. Deja esas tristes ideas, Arturo, y háblame de tus amores. Te has olvidado ya de Amalia?

ART. ¡Ah! Tiene usted razon, solo el amor, cuando es inocente y puro, puede hacernos agradable el mundo. ¡Oh! quisiera poder olvidar á Casilda y adorar á Amalia. Mire usted, (sacando una carta.) en el testamento de mi tio habia esta carta dirigida á mi... y la cual contiene algunos consejos importantes... Oh! el señor don Genaro conocia bien el mundo... entre otras cosas me dice lo siguiente: (leyendo.) «Te he nombrado heredero de todos mis bienes como un depósito que debia confiar á quien

fuera capaz de hacer mejor uso de él... Yo no te impondré condicion alguna, pero, si, te suplicaré un favor. Si tu corazon está libre cástate con mi sobrina Amalia ó con su prima Casilda... Ya lo vé usted, esto no es una condicion del testamento, sino un deseo del testador... lo que es aun mas sagrado... Puesto que Casilda no me ama, me creo en el deber de casarme con Amalia.

BER. Te digo lo mismo que siempre, Amalia es hermosa, pero es frívola, coqueta, y ademas está enamorada de ese necio de Federico.

ART. Es usted muy severo con ella... Amalia tiene buen corazon... Ella es quien ha socorrido á mi nodriza... Si, el mismo dia en que se leyó el testamento, el dia en que yo imploraba en vano los socorros de toda mi familia, recibió mi nodriza un bolsillo y una carta. Esta carta no está firmada; pero todo me hace creer que está dirigida por Amalia: las señas del sobre son las mismas que yo la habia dado. Esta accion me decide por Amalia...

BER. Pero y Casilda?

ART. ¡Oh! Ya me he vengado de ella.

BER. Vengado!... Arturo... es posible!...

ART. Tranquílese usted, mi querido amigo, tranquilícese usted...

BER. Pero...

ART. No tema usted nada. He ganado á Gabilan, mi escribano, y ha consentido en poner un codicilo en el testamento, que asegure quinientos mil reales á Casilda... Desde hoy será rica, independiente... No es cierto que me he vengado bastante?

BER. (Noble corazon! Así aborrece á los hombres.)

PED. (foro derecha.) La señora doña Carlota y la señorita Casilda.

ART. ¡Cielos! Dulas que pasen y se dignen dispensarme el que las haga esperar un momento. Acompañeme usted, señor don Bernardo: voy á ponerme en estado de recibir las. (vanse por la puerta izquierda.)

ESCENA VII.

DOÑA CARLOTA, CASILDA.

CAS. En verdad, tia, que tiene usted el carácter mas extraño del mundo. Empeñarse en traerme á visitar á Arturo, yo, una jóven soltera!

CAR. Y qué, no vienes conmigo? No es tu primo? No vive en casa de mi hermano?

CAS. Si... pero...

CAR. Vamos, déjate de niñerías.

CAS. Tenia usted que hacer otras visitas, y porque el cochero está enfermo, las deja usted para otro dia, y en lugar de sentirlo se alegra usted, y se viene á pie á ver á Arturo.

CAR. Querida mia, todas las cosas, por malas que sean, tienen su lado bueno... Tenia que hacer visitas harto desagradables para mi; la enfermedad de mi cochero me ha dispensado de hacerlas... Ademas, por qué me habia de incomodar por tan pequeña cosa? Mira, hija mia, un buen carácter es el mejor dote que puede llevar una mujer á su marido. Y á propósito de maridos; sabes, Casilda, que creo haber hecho una conquista?.. (riéndose.) Ja! ja! ja!

CAS. Una conquista?... y lo dice usted riéndose.

CAR. Quieres que lllore?... Si, Casilda, se me figura que me mira con interés nuestro pariente Bernardo.

CAS. El señor don Bernardo?

CAR. Si, hija mia... Pero dejemos esas locuras y hablemos de ti... Sabes que me tienes muy descontenta?... Estás triste, y me ocultas tus pesares... Qué te pasa, hija mia?... Hace algún tiempo que te veo muy triste; una palidez mortal ha reemplazado el hermoso color de tus mejillas. Te veo llorar muchas veces... Qué te aflige? Cuando debías ser muy feliz?... Ahora que se ha descubierto ese codicilo por el que Genaro te ha legado quinientos mil reales, habrá muchos jóvenes que te hagan la corte... Federico, por ejemplo, está perdidamente enamorado de ti...

CAS. (con sorpresa.) Federico!

CAR. ¡Oh! qué soberbio desden!... Federico es un partido brillante... Vamos, sé franca conmigo, que conozco tu secreto: amas á Arturo?

CAS. Señora, aseguro á usted...

CAR. Arturo te ama tambien, y los dos callais vuestro amor... Tú, al menos, por una necesidad, por una delicadeza mal entendida ocultas el amor que tienes á Arturo... Créeme, hija mia, la felicidad es una cosa muy rara en el mundo, y sacrificarla á un escrúpulo es una necedad, una tontería... En fin, si Arturo no te ama, por qué vá á verte todos los dias?

CAS. Qué sé yo?... tal vez por capricho... Arturo quiere á Amalia.

CAR. Qué engañosa suposicion!... Amalia es linda, en efecto; pero la necia vanidad de su padre ha dañado tambien á su carácter... Amalia no es digna de Arturo que, bajo su aparente ironia, oculta un alma noble y generosa... Permíteme que le manifieste tu amor.

CAS. ¡Ah! no, querida tia, en nombre del cielo no lo haga usted!... Yo implorar su piedad, su perdon! Confesarle que le amo, ahora que es rico... habiéndole rechazado cuando era pobre!... Ah!... nunca! Yo quise evitarle los tormentos de la miseria; pero Arturo no me ha comprendido... le amo, si, pero quiero que mis sentimientos le sean siempre desconocidos!...

CAR. Permíteme, á lo menos, decirle que la carta y el dinero remitido á su nodriza...

CAS. ¡Ah! Calle usted, señora. (interrumpiéndola con viveza. Don Antonio se asoma por entre unos pabellones.)

ESCENA VIII.

Las mismas, DON ANTONIO detrás de la cortina.

ANT. (al paño.) ¡Ah! estan hablando de la carta

CAR. A cada uno deben imputársele sus obras.

CAS. Las de ese género no tienen mérito sino mientras son ignoradas. Si el amor de Arturo fuera tan ardiente como lo es el mio, hubiera adivinado mis deseos.

ANT. Ay, ay, ay! no decia yo que esta chiquilla...

CAR. Pero habiéndole pedido Amalia las señas de su nodriza, es muy natural que crea que Amalia es quien ha enviado ese auxilio. Si, yo quiero decirselo todo, y no dudes que accion tan noble por tu parte influirá mucho en el corazon de Arturo... Piensa que está obligado á elegir

entre vosotras dos, y que se exige que se decida pronto.

CAS. Y quiere usted, señora, que yo emplee ese medio para determinar su eleccion? ¡Oh! nunca! En nombre del cielo, querida tia, prométame usted guardar secreto...

CAR. Lo quieres asi?

CAS. Lo suplico. Dios sabe si amo á Arturo, pero he reusado su amor cuando era pobre, y hoy, el menor interés por mi parte seria vergonzoso.

ANT. Ya puedo tratar sin temor...

CAR. En verdad que son locas estas jóvenes... reusar un matrimonio que yo, pobre viuda, acogeria con mil amores.

ANT. (tosiendo.) Hum! Hum!

CAR. ¡Ah! eres tú, hermano mio... dónde está Amalia?

ANT. Aquí viene... Se habia dejado su album en el coche.

ESCENA IX.

CASILDA, DOÑA CARLOTA, DON ANTONIO, AMALIA con un album que deja sobre una mesa.

AMA. Buenos dias, querida tia; adios, querida Casilda. (se abrazan.)

CAR. Son estos tus dibujos? (yendo con Casilda á la mesa donde Amalia dejó el album. Abren el album; Amalia queda detrás de ellas.)

AMA. Si señora.

CAR. Son magníficos. (Don Antonio coge á Amalia sin que lo adviertan doña Carlota y Casilda, la baja al proscenio.) Este angel tiene una expresion admirable!

CAS. (siguen hojeando.) Hermoso colorido!

ANT. Dime, ¿sabes si Casilda ha enviado algun dinero á la nodriza de Arturo, y si ha ido acompañado de alguna carta?

AMA. No, padre mio... yo si, que pedi un dia á Arturo las señas de esa muger.

ANT. Tú? Tú le has pedido alguna vez esas señas?... ¡Oh! muy bien, muy bien! Di que fuistes tú la que mandó escribir la carta. (Estoy seguro de que la doncella no hablará; sabré pagar su silencio.)

AMA. Yo! padre mio?

ANT. Si, tú... Silencio! (Por poco dinero conseguiré que la nodriza me dé esa carta... y no habrá nada que temer.) Podré saber, querida hermana, á qué debo la dicha de hallarte en mi casa?

CAR. Al deseo de ver á Arturo, y hacerle una visita por las muchas conquas él ha tenido la galanteria de obsequiarme.

ANT. ¡Oh! Arturo está muy bien! Aquí nada le falta.

CAR. Asi lo creo. El que tiene salud... y dinero le vá bien en todas partes.

ANT. Sin embargo, ha dado en la mania de mudarse al palacio que ha comprado el otro dia.

CAR. Hace bien. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

ANT. (Hace bien, hace bien!... Maldita muger!)

CAR. Pero, calla; aqui viene... Gracias á Dios que tenemos el gusto de verte.

ESCENA X.

Los mismos, ARTURO.

ART. Querida tia, aunque demasiado seguro de la amabilidad de usted y de mi adorable prima, no me pareció prudente recibir á ustedes en trage de casa.

CAR. Eso es; tambien con nosotras esa etiqueta? Te encargo que sea la última vez.

ART. Será usted obedecida. Tengo una satisfaccion en ver á usted tan buena y á mi hermosa prima tan encantadora como siempre.

CAS. Mil gracias, Arturo.

CAR. Venimos á hacerte una visita por las muchas que tú nos has hecho.

ART. Tanto honor!...

CAR. Si; y me alegro mucho haber llegado á tiempo de poder admirar los adelantos que Amalia ha hecho en el dibujo.

ANT. En efecto, acabamos de llegar con el album, porque apenas está dos dias seguidos en casa. Todos quieren verlo.

ART. Como que todavia no he tenido yo el gusto de admirar sus bellezas.

ANT. Pues mira, ahora puedes muy bien... porque no respondo que dentro de una hora...

CAR. Si, si, veamos todos

ANT. (ap. á Amalia.) Te has olvidado de hacer su retrato?

AMA. No, padre mio. (todos se dirigen á ver el album: antes de llegar Arturo á la mesa se presenta Pedro anunciando.)

PED. El señor don Federico Fedoya pregunta por el señorito Arturo.

ART. Que pase.

ANT. (Qué buscará ahora este necio!) (todos menos Arturo se ponen á ver el album.)

ESCENA XI.

Los mismos, FEDERICO.

FED. (entrando.) Querido Arturo, temia no hallar á usted en casa. (viendo á las señoras.) ¡Ah! á los pies de ustedes, señoras. (saluda á don Antonio y este le contesta; Casilda y Amalia saludan tambien con un movimiento de cabeza.)

CAR. Beso á usted la mano.

ART. Qué hay, Federico? En qué puedo servir á usted?

FED. ¡Ay! en mucho... Y si estas señoras nos dan su permiso...

CAR. Son ustedes muy dueños de decirse lo que gusten. (Federico hace un saludo de agradecimiento, y lleva á Arturo á un lado.)

FED. Tengo que suplicar á usted un favor que me interesa, y me alegro haber llegado á tiempo en que si usted quiere concedérmelo, no puede retardarlo.

ART. Diga usted.

FED. Yo estaba próximo á casarme con Amalia, pero su padre me ha despachado politicamente, prestando un empeño anterior.

ART. Hombre!... de veras?

FED. Yo me he conformado santamente, porque al fin y al cabo, qué diablos habia de hacer? Ahorcarme? Eso seria una majaderia.

ART. En efecto; eso se llama pensar con prudencia.

FED. Por otra parte, Casilda me parece extremadamente bella. (Arturo hace un movimiento que no advierte Federico.) Y si usted consiente en hablarla en favor mio...

ART. (¡Cielos!) Esa es demasiada modestia, Federico; usted no necesita intérpretes.

FED. Usted me adula, amigo mio... Yo soy algo en mi género... pero no tengo el poder que usted: usted es estremadamente rico!... En fin, podré esperar?...

ART. Eso merece pensarse. Yo conozco muy bien á Casilda, y sentiria que al hablarla por usted me desairase.

FED. Eso es decir que...

ART. Esto no es mas que una suposición mia, que puede ser equivocada... y así no desmaye usted por eso; todas las mugeres tienen su cuarto de hora; yo aprovecharé el que vea favorable en Casilda, y le doy á usted mi palabra de que la hablaré con el mayor interés.

FED. Gracias, amigo mio, gracias... ¡Oh! le deberé á usted mi dicha.

ART. Bien; ahora no conviene abusar de la bondad de esas señoras.

FED. Tiene usted razon, vamos á acompañarlas. (Arturo se colocará al lado de Amalia; á la izquierda de esta don Antonio, despues doña Carlota, despues Casilda, y últimamente Federico.)

CAR. ¡Oh! llegan ustedes á buen tiempo... qué paisaje tan bonito; ¿no es verdad, Arturo, que hay en él mucha belleza?

ART. En efecto, es admirable. Qué delicadeza en el labado, qué hermosas medias tintas, qué contornos tan delicados en esas dos figuras, qué espresion en los rostros.

AMA. Es usted muy galante, Arturo: usted menos que ninguno otro debiera hablar así. Usted tan inteligente en pinturas y que conoce tan bien el verdadero mérito.

ART. Digo lo que me parece, Amalia. (mirando á Casilda.) (Ni una mirada siquiera. Si amaré á Federico!)

ANT. Mira, mira qué vista de Aranjuez tan exacta; parece que se está en él, no es verdad?

ART. En efecto... es... (mirando á Casilda, á quien Federico parece hablar con gran interés desde que se halla á su lado.) (Dios mio! parece que le agrada la conversacion de Federico; qué suplicio!)

AMA. Qué tiene usted, Arturo? Me parece que sufre usted demasiado.

ART. No, Amalia... al contrario... tengo sumo gusto en ver... (Si, no hay duda, le ama.)

CAR. (Ja! ja! ja!...) (riéndose y mirando alternativamente á unos y á otros.) Vaya un cuadro natural y divertido.

CAS. (á Federico.) Su historia de usted es muy divertida!...

FED. Y usted estremadamente hermosa.

CAS. Gracias, Federico. (ap. y mirando á Arturo.) ¡Ah! no hay duda, Amalia le consuela.

FED. Se digna usted aceptar mi palco en el Circo para el lunes, amable Casilda? Se estrena una ópera que dicen que es magnífica... Ya vé usted, yo deseo tener siempre lo mejor en todos géneros... los mas hemosos caballos, los trages de mas lujo... solo me falta la muger mas hermosa.

CAS. Ella vendrá á su tiempo. (como distraida.)

FED. Así lo espero. (tomando un retrato que hay en el album.)
 ART. ¡Calla! de quién es este retrato?
 AMA. Mírele usted bien. (¡Ingrato Federico! Hace la corte á Casilda. ¡Oh! yo me vengaré!)
 ANT. (que ha fingido mirar con sorpresa el retrato.)
 Calla!... pues si es el tuyo!... Y qué verdad! qué exactitud!... Vamos, sino he visto una cosa mas parecida!
 AMA. Si, Arturo, es su retrato de usted, que he hecho de memoria. (Casilda hace un movimiento convulsivo y mira fijamente á Arturo y Amalia.)
 ART. Querida Amalia, agradezco ese recuerdo.
 CAS. (¡Qué suplicio, Dios mio!... Pero no verá mis lágrimas!) (alto á Federico.) En efecto, eso es admirable, encantador... Es usted el diablo, Federico. (riendo convulsivamente.)
 ART. (Se ríe!...) Si ha hecho usted los mismos progresos en el piano, Amalia, doy á usted la mas completa enhorabuena. A propósito de piano, aun no he tenido el gusto de ver el que fué usted á comprar hace poco. (Casilda se separa maquinalmente y se dirige á la izquierda; doña Carlota, que la ha observado, la sigue; Amalia aprovecha esta ocasion para hablar á Federico: don Antonio coge á Arturo y lo separa á un lado hablándole misteriosamente.)
 CAR. Qué tienes, Casilda?
 CAS. Nada, no es nada, querida tia.
 AMA. Parece que le gusta á usted Casilda?
 FED. Y usted no desdena á Arturo?
 ANT. Te lo voy á decir... es un secreto... El dinero que tenia destinado para el piano lo ha empleado en una obra de caridad... el mismo dia que se leyó el testamento... yo he visto la carta... pero no la digas ni la menor palabra sobre el particular, porque se incomodaria conmigo.
 ART. Una carta!... Sabe usted á quién ha sido dirigida?
 CAR. Pero Casilda...
 CAS. Vámonos, querida tia.
 FED. ¡Ja! ja! ja! eso es magnífico, nos pagamos en la misma moneda.
 AMA. (queriendo disimular su enojo.) Justo.
 ANT. Creo que... (después de haber reflexionado un poco.) Si, en efecto, á la calle del Barco, número 10, cuarto boardilla.
 ART. ¡Oh! ella es, no hay duda... Señor don Antonio, esa accion vale mas á mis ojos que todos los tesoros del mundo... Un corazon noble... un alma caritativa, es lo que yo deseaba hallar en la compañera de mi vida... Pero debo ser franco con usted y con Amalia. (alzando la voz y fijando la vista en Casilda.) He amado á otra muger antes de ahora... y con todo, mi corazon, pero en vano!... Yo no puedo ofrecer á Amalia mi primer amor; pero si se digna usted concederme su mano... juro consagrar mi vida entera en hacer su felicidad. (los actores aquí estarán colocados del modo siguiente: doña Carlota y Casilda á la izquierda, Federico y Amalia á la derecha, don Antonio y Arturo en el medio, pero mucho mas cerca de Casilda que de Amalia, de manera que aquella oiga lo que dice Arturo y no esta.)
 ANT. Este es el dia mas feliz de mi vida. (Casilda que se ha quedado mirando fijamente á Arturo cae maquinalmente sobre un sillón y próxima á des-

mayarse.)

CAR. Casilda! hija mia!
 ART. (corriendo á ella.) Qué es eso, Casilda? Esa palidez...!
 AMA. Qué tienes, amiga mia?
 CAS. Nada, señores, no es nada... un simple vahido.
 AMA. ¡Oh! Dios mio, ¿qué quieres?
 CAR. Gracias, Amalia, gracias. Con el aire de la calle se aliviará... Vamos, Casilda.
 ART. (Qué es esto, ¡Dios mio!)
 ANT. Si, si... casualmente aun está el coche á la puerta.
 FED. Yo acompañaré á ustedes.
 CAR. Gracias, Federico.
 FED. No faltaria mas que...
 CAR. Adios, Arturo.
 (Arturo inclina maquinalmente la cabeza. Tiene la mano derecha apoyada en su sillón y parece enteramente distraido. Carlota y Casilda se disponen para salir: don Antonio y Amalia las acompañan.)
 ANT. (Gazmoñerías, gazmoñerías... (se ríe.) Cree- rá la tontuela que...)
 CAS. Adios, Amalia.
 AMA. Adios, amiga mia... adios, querida tia.. (vanse.)
 FED. Conque no (corriendo á Arturo.) olvidará usted mi encargo, eh?
 ART. Casilda! (como volviendo en si.)
 FED. Si, mi encargo para Casilda. Me promete usted que...
 ART. Bien, bien... Si... Veremos.
 FED. Espero en usted... Adios, amigo mio. (se vá corriendo.)
 ART. Dios mio! qué haré?... Oh! pensemos. (cae en un sillón en ademan pensativo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, solo. Al levantar el telon, está sentado á una mesa; firma una carta y la pone el sobre.
 Si; decididamente este es el partido que debe tomarse... Después de un mes que hace que Arturo me pidió la mano de Amalia, cada dia busca un nuevo pretexto para alargar la boda... Si, no hay duda Arturo ama á Casilda... el medio de que me he valido para descubrir este amor, encargándome de la tutela de Casilda, y trayéndola á mi casa, no me ha engañado. Arturo la ama todavia, y es necesario que esa chiquilla vaya á tomar aires fuera de España; asi se la refrescarán los cascos, y sanará de esos delirios amorosos. Mi hermana parece que tiene tambien empeño en retardar su proyectado viage. (metiéndose la carta en el bolsillo) Pero esta carta la obligará á decirse y llevar consigo á Casilda.

ESCENA II.

DON ANTONIO, AMALIA.

ANT. Buenos dias, hija mia, (la besa en la frente.)

buenos días. Has pasado bien la noche?
 AMA. Bien, papá, y usted?
 ANT. Perfectamente... Dime, ¿has visto hoy á tu prometido?
 AMA. No, padre mio; ¿sabe usted que hace muchos días que Arturo no viene á esta casa?
 ANT. (ap.) Y demasiado que lo sé. (alto.) Sin embargo, merece disculpa. Sus muchas ocupaciones... tanto mas cuando siempre es el mismo para ti... Cariñoso, amable...
 AMA. Al contrario, papá, tiene siempre una tristeza, que me da miedo... Si me habla, lo hace distraído. Federico era mas amable.
 ANT. Federico, Federico... Arturo es cien veces mas rico que él.
 AMA. El dinero... (suspirando enfadada.) Siempre el dinero. (con coquetería.) Querido papá!
 ANT. Vamos, ¿qué quieres?
 AMA. Usted que es tan bueno, que ama usted tanto á su querida Amalia...
 ANT. Aseguraria que me vas á pedir una cosa absolutamente imposible.
 AMA. Oh! si se ha de enfadar usted, no quiero decirle nada. Pero si me permite usted que le haga una pregunta... una sola.
 ANT. Vamos, habla.
 AMA. Tiene usted mucho interés en ese matrimonio?
 ANT. Vaya si le tengo.
 AMA. Pues bien, va usted á enfadarse... (con enfado.) Pero no puedo menos de decir que hace usted muy mal en obligarme á dar mi mano á un hombre que no amo... porque eso es esponerme á ser infeliz toda mi vida... y despues, Dios mio! Yo comprendo muy bien el placer de las riquezas, sé cuanto alhaga el tener elegantes carruages, magnificos caballos, y vivir en suntuosos palacios... Pero, ¿quién le asegura á usted que disfrutaré de todo eso casándome con Arturo?
 ANT. Quién te lo asegura? Yo: tu padre que goza desde hace días el placer de que has de ser poderosa.
 AMA. Y si Arturo llega á saber que Casilda fué quien escribió la carta?
 ANT. Eso es imposible!
 AMA. Y ademas, ¿sabe usted si Arturo es dueño aun de su inmensa fortuna?
 ANT. Y tal vez de alguna otra!
 AMA. Pues yo sé que apenas entró en posesion de sus riquezas, se lanzó en el mundo, entregándose á los gastos mas ruinosos. Su palacio está siempre rodeado de un esplendor verdaderamente regio.
 ANT. ¿Y qué vale todo eso en comparacion de sus tesoros inmensos?
 AMA. Ha hecho mas.
 ANT. Qué es lo que quieres decir con eso?
 AMA. Quiero decir; que Arturo ha tomado una aficion decidida al juego, y ya ha gastado en él la mitad de su fortuna; y dentro de poco concluirá con la otra mitad.
 ANT. En siendo tu esposo, renunciará á todas esas locuras.
 AMA. (ap.) Pobre Federico! (alto) Pero si efectivamente Arturo ha comprometido su fortuna, no comprendo por qué insiste usted en... Es porque cree usted que Federico está verdaderamente enamorado de Casilda?

ANT. Y qué me importa eso? Es porque sé que te conviene... Y, á propósito de Casilda, ahora me acuerdo, que la he mandado á decir que quiero hablarla... asi, déjame.
 AMA. Y me separa usted de ese modo?
 ANT. Si; es necesario... anda, vete á pasear... el aire te hará mucho provecho... y ademas, necesito estar solo.
 AMA. (sonriendo.) Pues bien, papá, si Arturo está arruinado, me permite usted no darle mi mano?
 ANT. Diabolo! ya lo creo... te lo aseguro... pero qué... yo no puedo creer esas locuras. Vaya, adios, hija mia.
 AMA. Abur, papá. (le hace un mimo y se va.)
 ANT. Está visto... es necesario apresurar el matrimonio. Arturo disipador! arruinado!.. Es imposible... ah! eso seria espantoso... el que ya considero como mi propio hijo... aquel cuyo dinero me es tan querido como el mio!.. ¡Oh! no, no... eso es imposible!

ESCENA III.

CASILDA, DON ANTONIO.

CAS. Me ha mandado usted llamar, tío?
 ANT. Si, en efecto... siéntate, Casilda, y hablemos un rato.
 CAS. Estoy á las órdenes de usted.
 ANT. Querida Casilda, ya conoces mi modo de obrar; ya sabes que yo voy siempre derecho al asunto... No tomes, pues, por dureza lo que solo es una franqueza por mi parte. He adivinado tu inclinacion hácia Federico... sé que lo amas.
 CAS. Señor...
 ANT. Oh! no trates de negarlo. Todos lo han conocido en casa... cree que te quiero con todo mi corazon, y deseo por lo tanto evitarte un disgusto. Tienes bastante talento para conocer que debiendo casarse Amalia con Arturo dentro de pocos días, el ser testigo de esta boda, seria para ti un dolor inesplicable. Pues bien, mi hermana piensa hacer un viaje por Europa, y he creído que acaso te agradaria...
 CAS. Acompañarla?... Ah! señor, usted ha adivinado mis deseos, y si mi tia consiente...
 ANT. Quién lo duda?... Tu compañía la será muy agradable. Carlota recibirá muy pronto ciertas noticias que la obligarán á apresurar su viaje... No digas nada hasta entonces, y estate preparada.
 CAS. Estoy á las órdenes de mi tia y á las de usted.
 ANT. Muy bien, muy bien. (Casilda va á marcharse.) Ah! una palabra mas. Voy á hablarte de un hecho en el que has probado una bondad digna del mayor elogio... y que me ha interesado en extremo.
 CAS. De qué habla usted?
 ANT. De la limosna que has enviado á la nodriza de Arturo. Ah! lo has hecho con un tacto, con una delicadeza que escuden á todo elogio... Y bien, crearás que esa limosna y la carta que la acompañaba...
 CAS. Qué, señor?
 ANT. Se han atribuido á Amalia? (observándola.)
 CAS. Ah! ya respiro!
 ANT. (observándola.) Ya comprenderás que yo no

puedo sufrir por mucho tiempo que te se prive del beneficio de una accion tan loable... y he resuelto decirselo hoy mismo á Arturo.

CAS. (*vivamente.*) En nombre del cielo, señor, no lo haga usted.

ANT. (*ap.*) Perfectamente... (*alto.*) Cómo! ¿rehusas aceptar la imputacion de un hecho tan admirado de todos?... Piensa que si algun dia llegara á divulgarse este secreto, podria acusar Arturo á Amalia de un engaño vergonzoso... Semejante golpe causaria la muerte de mi hija, y tal vez la desgracia de Arturo... tú conoces muy bien su carácter...

CAS. Yo, causarle el menor sentimiento... Oh! no lo tema usted... yo callaré... y si es necesario, aseguraré que Amalia ha escrito esa carta.

ANT. Admirable Casilda, yo no abusaré de tu amistad para con tu prima... me contentaré con la promesa que me has hecho de callar respecto á esa carta.

CAS. Lo juro.

ANT. Gracias, hija mia, gracias... y que sea como tú lo quieres... yo cedo á tus deseos. (*ap.*) Corro á dar esta noticia á Amalia. (*alto.*) Adios, hermosa Casilda, eres un ángel, y Amalia te deberá su felicidad. (*vase.*)

ESCENA IV.

CASILDA, poco despues ARTURO.

La felicidad!.. Oh! ya se acabó para mi; separados para siempre!.. y en qué dia... Cuando otra muger... Oh! esta idea es horrible! Sin embargo, es necesario... si, estoy decidida... Dios mio! haced que ella le ame como yo le amo... Y si él llega á destrozar algun dia el corazon de esa muger como ha destrozado el mio, dadla virtud y valor para perdonarle como yo le perdono... Si, Dios mio, en todos mis ruegos uniré el nombre de esa muger al del hombre que he amado tanto.

ART. Don Antonio ha salido?... Está muy bien, le escribiré una carta.

CAS. Qué oigo!

ART. Casilda! (*entrando*)

CAS. Dios mio! es él!

ART. Yo soy, Casilda... y siento venir á molestar á usted.

CAS. De ninguna manera.

ART. Mi presencia la incomoda... por esa razon vengo pocas veces; pero, alégrese usted, Casilda, hoy mismo quiero fijar el dia que ha de verificarse mi matrimonio; concluido este, me retiraré al campo, y no molestaré á usted mas con mi preseencia... nos vemos hoy por la última vez.

CAS. (*ap.*) Por la última vez!.. y separarnos de ese modo... no puedo. (*alto, acercándose á Arturo.*)

Arturo, es verdad, nos vemos acaso por la última vez... porque yo voy á dejar la España.

ART. Cómo... vas á marchar de España?

CAS. Si; hace algun tiempo que mi tia piensa hacer un largo viage, y yo debo acompañarla... pero no nos ocupemos mas de nosotros. Ahora que eres el prometido esposo de Amalia, no debemos acordarnos ya de lo pasado... Entre nosotros no hay ya esplicaciones posibles... solo puede existir un recuerdo de nuestra antigua amistad... Yo quisiera darte una prueba de mi cariño... quisiera decirte lo que solo una

hermana tiene derecho de decir á su hermano ..

ART. Casilda, háblame con toda confianza... y si puedo hacer algo por ti, dispon de mi fortuna, de mi vida... y ese pasado que evocas, dejará en mi corazon recuerdos menos dolorosos.

CAS. (*dándole la mano.*) Veo con placer que todavía somos amigos... si, todavía eres mi primo, mi hermano.

ART. Tu hermano?... (*soltando la mano de Casilda.*) por el cielo... habla.

CAS. Bien! voy á hablarte con el corazon en la mano... Cuando heredastes tu inmensa fortuna, yo me llenaba de gozo al pensar en el noble uso que harias de ella; conocia tu generosidad, tu alma ardiente, y veia abrirse para ti un porvenir ilustre... Mil veces he pensado que cuando estuviera lejos de ti y oyera citar tu nombre, célebre por tus virtudes, me diria anegada en dulces lágrimas: yo he amado á ese hombre.

ART. Oh! Basta, basta, Casilda!.. por el cielo!

CAS. Pero ha sido esto así?... Te has sido fiel á ti mismo?... ¡Ay! no. Has buscado los ruidosos placeres del mundo, te has entregado á una vida agitada y dispendiosa; en fin, en lugar de la reputacion que yo soñaba para ti, has adquirido la triste celebridad de un hombre á la moda!.. Perdóname, te aflijo, te ofendo tal vez, pero nunca hubiera tenido valor para hablarte así, si algunas veces no hubiera pensado que...

ART. Que esas locuras, ese desprecio de una vida mas eran obra tuya... Si hubieras pensado eso, tendrias razon. Pues bien, aun á riesgo de ser despreciado de ti, voy á confesarte una venganza, que tal vez te parecerá indigna... Si, he querido desplegar á tu vista un lujo del que te creia envidiosa; he querido ostentar ese brillo, esa opulencia que tanto aman las mugeres, con la esperanza de conquistar tu amor y dominar tu orgullo... pero todo ha sido en vano. Tú nunca me has amado, y mi destino se ha cumplido.

CAS. Sé feliz, Arturo... y ama á tu esposa.

ART. Seré feliz. (*despues de un momento de silencio, y volviéndose repentinamente hacia Casilda.*) Lo dudas?

CAS. No, lo creo firmemente. (*ap.*) Como no le ha de amar ella!

ART. Amalia puede ser vana, ligera, pero...

CAS. No la haces justicia... Lejos de los consejos perniciosos de su padre, Amalia se elevará hasta ti... Es joven, bella, tiene talento; su carácter es muy amable... lo demas queda á tu cuidado. Ahora, Arturo, dime que ningun recuerdo enojoso existe entre nosotros, y que tú no conservas ningun resentimiento... (*sonriéndose*) Asegúrame que tu alma será noble y generosa... y adios..!

ART. Un instante mas... Casilda! ¿Me has amado alguna vez?... He sido injusto contigo?... ¡Oh! por qué?... por qué has rehusado un corazon que te ofrecia entero? Si quieres... todavía... (*Arturo apenas puede contener sus lágrimas; Casilda lo advierte, hace un esfuerzo para dominarse, y dice con la posible entereza.*)

CAS. Arturo, has olvidado que ya no te perteneces?

ART. Dios mio! (se vuelve el rostro, enjuga sus ojos, y sobreponiéndose á su dolor y cambiando enteramente de tono, se vuelve á Casilda.) Tienes razon, Casilda. Soy un loco... Adios... Si... mas vale eso... Adios.

CAS. Parto feliz, porque quedamos amigos.

ART. Amigos!... solo amigos!... asi es la vida. Los dias encantadores que disipan la tristeza, la mano adorada que al mas ligero tacto hace vibrar todas las cuerdas de nuestra alma, la voz que hace estremecer nuestro corazon de un placer inesplicable... todo esto, Dios mio! no es mas que un sueño! Todo desaparece en un momento... y el que primero olvida, viene á decirle al otro con la indiferencia en los labios: separémonos amigos!... Parte, Casilda, parte... y el cielo te haga dichosa, si puedes serlo.

CAS. (ap.) Dios mio! Dios mio, dadme valor. (enjugando sus lágrimas.) A Dios, Arturo. (alto, le tiende una mano que Arturo besa enajenado.) Que el cielo te haga feliz... y te perdone.

(Arturo queda inmóvil y como un hombre que no sabe donde se halla; Casilda aprovecha esta ocasion para retirar su mano y alejarse llena de dolor. Arturo queda inmóvil: un momento despues parece volver de un letargo espantoso, al verse solo parece coordinar rápidamente sus ideas, mira de repente á la puerta del foro, da dos pasos hácia ella, y dice como loco.)

ART. Casilda!!! Casilda!!!

(se dirige maquinalmente y vacilando, cae sobre un sillón y se cubre el rostro con las manos diciendo) Dios mio!

ESCENA V.

ARTURO, DON BERNARDO.

BER. Si le hallaré aqui... estos muchachos... (viendo á Arturo y llegándose á él.) Calla... ¿Arturo?

ART. Quién me llama?... (levantando lentamente la cabeza.) ¡Ah! es usted, amigo mio?

BER. Dios mio!... qué tienes, Arturo? Ese color... esa mirada... qué te ha pasado? Cuéntamelo.

ART. Nada... (levantándose y volviendo en sí enteramente, pero siempre triste y algo distraído.) no es nada, querido amigo...

BER. En vano quieres ocultármelo... pero sea lo que quiera, yo te traigo una buena noticia que ha de hacerte olvidar todos tus pesares; no hallándote en tu casa he venido á buscarte aqui.

ART. Qué hay?

BER. Dicen todos los periódicos que serás elegido diputado por la provincia de Soria. Tus riquezas aseguran la eleccion.

ART. Mis riquezas... Siempre mis riquezas!... De qué me sirven?

BER. De mucho te servirían, si conocieras el mundo como yo le conozco... Te parece que es poca fortuna el ser diputado? Un escalon mas andado, para ser gefe político, oficial de un ministerio, subsecretario ó ministro.

ART. Lo será para otros, pero no para mi...

BER. Eres un loco... yo aborrezco tanto como tú ciertas farsas del mundo... pero todos los estremos son viciosos.

ART. Qué quiere usted?... Tengo una repugnancia invencible á mezclarme en esas miserables intrigas... Que un hombre de corazon se con-

sagre enteramente á su pais, cuando sus conciudadanos le estiman por lo que es en si, cuando tienen bastante confianza en él para entregarle el cuidado de sus mas caros intereses, de su felicidad en fin, lo comprendo... pero deber á la intriga el resultado favorable ó contrario de una eleccion... eso me parece el colmo de la infamia... (ap.) Sin embargo... si por este medio... ¡oh! no; es imposible... y yo no puedo olvidarla!

BER. Pero qué diablos tienes?... Celos acaso de tu futura esposa?... Eso nada significa: cuando te dé su mano se olvidará enteramente de Federico.

ART. Amalia hace ya mucho tiempo que no ama á Federico... Además, la carta y la limosna que ha enviado á mi nodriza, la hacen digna de ser mi esposa.

BER. Y que te prueba que esa carta no haya sido escrita despues de la lectura del testamento, y con la intencion de inclinar tu amor hácia Amalia...? Yo sé que ella no disimula el amor que tiene á Federico.

ART. Qué dice usted?

BER. Lo que dicen todos... Tanto mas desde que te has entregado al juego de una manera espantosa... Cada dia que pierdes en el juego es para don Antonio un dia de luto, y me ha suplicado que te de algunos consejos para separarte de ese vicio.

ART. De veras? (con interés.)

BER. No puedes figurarte el interés que tiene en ello... A propósito: ¿tienes fondos en casa de Gonzalez y compañía?

ART. Por qué me hace usted esa pregunta?

BER. Porque Antonio recela mucho de esa casa.

ART. D. Antonio!... Siempre ese hombre... Tanto le alarman mis pérdidas?

BER. ¡Oh! estremadamente... como que piensa... supongo que guardarás el secreto...

ART. Lo juro; hable usted. (ap.) ¡Oh! que idea!...

BER. Piensa ir esta noche al juego, con el fin de observarte...

ART. (con resolucion.) Pues bien, me hallará... (ap.) Ahora lo comprendo todo.

BER. Arturo, piensa bien que el juego es una passion inoble... Yo te lo suplico; no juegues.

ART. Si; jugaré... hasta perderlo todo... Qué me importa el dinero si no soy feliz!

BER. Querido Arturo, vuelve en ti, reflexiona las consecuencias fatales de ese vicio... mirate en ese maldito amigo que te ha llevado á esas casas de corrupcion... Ese endiablado Garrido.

BER. (anunciando.) El señor don Laureano Garrido?

BER. Dios mio!

ART. El cielo me le envia... Que me espere, ya le sigo.

BER. A dónde vas, desventurado?

ART. A perder, lo que llaman mi fortuna. (vase.)

BER. No le abandoneis, Dios mio!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon elegante en casa de Arturo: gran puerta en el fondo que dá a otro salon. Puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, AVEJON, MORENO, un TAPICERO, un SASTRE, un FONDISTA.

PED. (*queriendo impedirles la entrada.*) Señores, ya les digo á ustedes que mi amo no está visible, y que no puede recibir.

TAP. Pues bien, si tu amo no está visible, nosotros esperaremos aquí, sentados á nuestro placer, hasta que le convenga darse al público. (*entran.*) Si, señores, es una cosa averiguada, que el señor don Arturo se ha hecho jugador de profesion.

AVE. Se habla mucho sobre eso... yo por mi no sé que pensar.

TAP. Yo sé que conviene no dormirse, amigo Avejon, y como dice el refran: «mas vale pájaro en mano, etc. y el heno debe cojerse cuando el sol brilla». Además, no es justo que nosotros, pobres artesanos, perdamos nuestro trabajo.

MOR. Malditas sean todas las casas de juego... No es vergonzoso que los grandes señores vayan á arruinarse en esos malditos gazapones, antes que pensar en proteger con sus fortunas las ciencias y las artes?..

AVE. Y el comercio, amigo mio, el comercio... así todos ganariamos.

TODOS. Tiene razon, tiene razon.

GAR. Qué ruido es este? (*entrando.*)

AVE. Garrido! (*todos retroceden.*)

ESCENA II.

Los mismos, GARRIDO.

GAR. (*con arrogancia.*) Famosos cuadros! (*tocando las cortinas.*) Telas de primera calidad y del mejor gusto... ¡Ah! señor adornista, he aquí unos muebles que hacen á usted mucho honor... y á usted estos cuadros, amiguito... (*á Moreno.*) En efecto, este palacio me agrada mucho mas que el que pensaba haber comprado. Y los demas salones están bien adornados? Esto debe haber costado mucho dinero...

TAP. El señor don Arturo tiene un gusto esquisito, y no ha perdonado nada para satisfacerlo.

GAR. En efecto... y no ha descuidado tampoco la paga?... Ha satisfecho las cuentas respectivas? (*señalando á todos.*)

TAP. No, señor... porque mientras se está trabajando para quien manda, jamás debe presentarse la cuenta... se espera...

GAR. Si, si, ya lo creo: pero sus cuentas de ustedes son como los árboles, que cuanto mas envejecen se hacen mas gordos... pero no siempre es prudente dejarlas engordar mucho. (*se pasea como en ademan de tomar disposiciones.*)

FON. Ay! ay! ay!... este hombre es sospechoso: me parece ave de mal agüero... Le conoce usted?

AVE. (*hajo.*) Es un tal don Laureano Garrido... el mayor jugador del mundo... es el que ha arruinado al duque del Canton.

GAB. (*para si.*) Treinta y seis pies de longitud por veintiseis de anchura... muy bien... Hola... me parece que un balcon mas á este lado no estaria mal... Qué le parece á usted, Aguilera? (*al adornista.*) Podria hacerse?

TAP. Si el señor don Arturo quiere...

GAR. Arturo... esto ya no le pertenece, amigo mio... yo soy el dueño de este palacio...

TAP. Cómo!... le ha comprado usted?

GAR. No, amigo mio... Ese pobre Arturo no conoce las cartas mas que un niño de dos años... Le ha pagado á usted?

TAP. No.

GAR. Ni á ustedes.

SAS. A mi no.

FON. Ni á mi.

RET. Ni á mi tampoco.

GAR. Ni á usted, ni á usted, ni á usted tampoco?

Ja! ja! ja! pues entonces no se cansen ustedes en enviarle las listas, amigos. (*riendo.*) Es una fatalidad, pero que ya no tiene remedio.

FON. Pero esto no ha de quedar así... es una picardia, una infamia que debe castigarse.

ALGUNOS. Ciertamente: debe castigarse. (*el escribano sale por la puerta izquierda muy agitado.*)

ESCENA III.

Los mismos, el ESCRIBANO.

Esc. Dios mio! Dios mio! quién lo hubiera pensado? (*llamando.*) Pedro! Antonio!... ¡Oh! las cartas, las cartas!... Malditas sean amen... invencion del diablo! para que sea cosa buena! (*á Pedro que entra.*) ¡Ah! Pedro, hijo mio, lleva esta carta al señor don Antonio; él te dará una letra que irás á cobrar en casa de su banquero... corre! corre!

TAP. Un momento! (*deteniendo á Pedro.*) un momento!... Qué hay? qué es lo que pasa?... (*Pedro dirige una mirada imperiosa al tapicero: este inclinándose.*) Perdone usted... ¿como se halla el señor don Arturo?

PED. Muy mal, muy mal... Pregúntele usted á su amigo el señor de Garrido, que ha pasado la noche en su compañía. (*entra otro criado, el escribano le habla.*)

Esc. Lleva esa carta al embajador francés... en ella se pide un pasaporte para Paris. Ya ves que corre mucha prisa, no te detengas, y manda de paso que esté pronto el coche.

FON. (*deteniendo el paso al criado.*) Dígame usted, he oido bien?... Se trata de un pasaporte para Francia?... Piensa el señor don Arturo dejarnos plantados?... Pues yo le aseguro que no se irá. (*el criado separa al fondista y se va.*)

Esc. Necesita tomar aires, queridos amigos... El no dejará de cumplir con ustedes; pero esa maldita casa de juego... En fin, señores, tengo mucho que hacer, y no puedo detenerme mas...

TAP. Págueme usted esta cuenta, señor Gabilan.

FON. Y á mi esta... diez mil reales.

SAS. Señor Gabilan, la cuenta del sastre siempre ha sido sagrada para los ricos... Págueme usted y me marchó al momento.

Esc. Señores, no hay un real en caja... vuelvan ustedes por Nochebuena.

ALGUNOS. Eso es una picardía.
 OTROS. Una infamia!
 FON. Aplazarnos para dentro de seis meses... cuando vá á marcharse á Paris.

RET. Yo voy á casa del banquero Gonzalez y compañía, y veremos... yo le impediré el que salga de Madrid.

SAS. Y yo voy á casa de mi sobrino el abogado para que le haga detener. Vámonos, señores. nuestros intereses son los mismos.

TAP. Sabremos si es permitido engañar así á los artesanos.

SAS. Artistas, amigo mio, artistas.

TAP. Tiene usted razon; pero para el caso es lo mismo.

ESC. Y ha ido por ventura mi señor á buscar á usted? No son ustedes los que han venido á ofrecerle con empeño sus servicios?

MOR. Nuestro talento, señor Gabilan, nuestro talento.

ESC. Como usted quiera; pero entonces mi señor era rico, y á los ricos se les presta cuanto quieren, y no se les apura nunca. Ahora que el señor don Arturo ha sufrido un golpe terrible en su fortuna, no quieren ustedes esperar ni una hora, ni un minuto... pero no hay otro remedio... Este es el mundo, al hombre rico todos ustedes van á ofrecerle sus trabajos, le elojian, le adulan; pero si la fortuna le vuelve la espalda un momento, le reclaman ustedes, le persiguen, le abruman; y se llamarán ustedes honrados, generosos.

SAS. Oiga usted, señor Gabilan, nosotros no venimos aquí á estudiar moral, sino á buscar nuestro dinero, y dinero y no otra cosa es lo que queremos.

TODOS. Si, si, dinero!

SAS. Síganme ustedes, señores, y yo les juro...

TODOS. Si, si, sigámosle.

SAS. Y veremos si nos dan nuestro dinero. (vase.)

ESC. He ahí la gran palabra: ¡dinero!... El oro es un querubin con las alas desplegadas que todo lo cubre... no hay hombre malo con dinero... ni bueno sin él... horrible verdad!... Pero... ja! ja! ja!... pobres hombres... son unos bolonios. (vase por el fondo.)

ESCENA IV.

ARTURO y DON BERNARDO saliendo por la puerta izquierda.

ART. Y bien! mi querido amigo, qué dicen de mi?

BER. Lo mas malo posible.

ART. Confusion de palabras, embrollo de ideas... Si no hay crimen en jugar, tampoco le hay en perder... Si en lugar de haberme arruinado Garrido, le hubiera yo arruinado á él... todos me aplaudirian, todos vendrian á felicitar me... Créame usted, amigo mio, las virtudes y los vicios estan escritos en una lengua que el mundo no puede comprender... él no lee mas que una vil traduccion, que se reasume en dos palabras, desgraciados y dichosos!... ¡Ah! los hombres!... los hombres!... hay pocos buenos... usted solo no ha cambiado.

BER. Yo estoy siempre dispuesto á mezclar mis lágrimas con las de un amigo. Arturo, yo te amo, ya lo sabes, y sabes tambien que soy bastante rico, y que todo lo que poseo es tuyo.

ART. (con cariño.) Querido amigo, ya es tiempo de confesar la verdad... Yo no estoy arruinado... Todo lo que ha pido usted y visto es una cosa inventada por mi, para saber si el cariño sobre el que debia descansar la felicidad de toda mi vida, era debido al dinero ó al hombre. Además de lo que usted me ha dicho, tengo tambien por mi parte ciertos recelos de que no me debo á mi mismo el cariño de Amalia: ya comprenderá usted por qué he solicitado de ella una prueba que me asegure de su cariño... cree usted que me la concederá?

BER. Y si te la niega?

ART. Yo no negaré entonces, ni ocultaré á nadie el amor que tengo á Casilda. Nuestra última entrevista ha reanimado los sentimientos más nobles de mi alma. Yo no soy, sin embargo, uno de esos sibaritas de la pasion, que creen imposible vencer el amor, y que llaman á su debilidad fatalidad irresistible... no!.. Las pasiones le han sido dadas al alma para ayudarla, no para que la dominen.

BER. A dónde vas á parar?

ART. Yo se lo diré á usted. He escrito á Amalia suplicándola que ponga á mi disposicion los cuatrocientos mil reales que la ha legado mi tio... Si consiente en ello, si á pesar de mi aparente ruina, y creyéndome, no enteramente pobre, pero si dueño solamente de una muy mediana fortuna, me ama todavia, desterraré del pensamiento la memoria de Casilda... y consagraré mi vida entera á hacer la felicidad de mi esposa.

BER. Y si Amalia te niega esa prueba?

ART. ¡Oh!... entonces quedará libre y podré solicitar la mano de Casilda... porque ningun otro compromiso vendrá á ruborizarme... Si, yo la haré olvidar lo pasado por el porvenir. (entra un lacayo con una carta en una bandeja de plata.)

ART. (toma la carta y vase el lacayo. Despues de leer.) Ya está arrojada la suerte... mi sueño de oro se ha desvanecido para siempre... Generosa Amalia! yo sabré hacerme digno de ti.

BER. Cómo!... Será posible!...

ART. (como distraido.) Y qué delicadeza! Esta gracia es solo patrimonio de las mugeres!... Cuán difícil es conocer á fondo el corazon humano!... cuán difícil desdoblar uno solo de sus infinitos pliegues!... Y yo la creia incapaz de semejante accion!... Voy á escribirla al momento.

BER. (Hubiera dado la mitad de mi fortuna porque esa sosa de Casilda se hubiera adelantado... pero nada se me logra... si deseo que un amigo se case con una muger que aprecio, viene á cruzarse otra que trastorna mis deseos... todo me sucede al revés!)

ART. (toca una campanilla y sale un lacayo.) Ve al momento á llevar esa carta al señor don Antonio... (vase el lacayo.) Todo se ha decidido... He perdido á Casilda para siempre... Pero por qué he de sentir este afrentoso tormento en mi corazon?... Por qué cuando veo el destino que se acerca, no puedo olvidar el que ya pasó!

BER. Conque te casas con Amalia?

ART. Si, decididamente. (Pedro anunciando.)

PED. La señora doña Carlota y la señorita Casilda. (vase.)

ART. ¡Dios mio!

ESCENA V.

Los mismos, CASILDA, DOÑA CARLOTA.

CAR. Mi querido Arturo, nuestra visita te parecerá muy estraña; pero debemos, entre nosotros, desterrar toda ceremonia; y tu desgracia nos sirve de excusa... Somos parientes... nosotras te queremos, y venimos á ofrecerte nuestra fortuna.

ART. Señora... prima... yo...

CAR. Vamos, no temas confiarte á nosotras... á Casilda sobre todo, que te conoce mas que yo... Amigo Bernardo, si usted me permite que le consulte un negocio... (Dejémosles solos.)

BER. Estoy á las órdenes de usted, y Dios quiera que Casilda triunfe en el corazon de Arturo. (doña Carlota y don Bernardo pasan al segundo salon del foro, donde se les ve pasear.)

ART. Casilda, no hallo palabras con que dar á usted las gracias que merece su bondad...

CAS. Arturo!... (abandonándose á su emocion.) Arturo! no me hables asi, porque lo sé todo, si, todo. Soy yo quien debe hablar de gratitud... Tú, á quien yo he herido tan profundamente, y que debias crearme insensible y capaz de los pensamientos mas viles... no piensas mas que en mi felicidad, en mi fortuna, en mi porvenir... Si, á ti debe esta pobre huérfana el haber salido de la esclavitud, de la humillacion! Tus palabras eran crueles y amargas; pero tu corazon grande y generoso... ¡Ah! noble Arturo!... es asi como te has vengado?

ART. Usted no me debe agradecimiento alguno... esa venganza era un placer muy dulce para mi... No es un consuelo el pensar que si muero antes que usted, su felicidad, su independencia quedan aseguradas por mi, cuyo amor ha despreciado usted?

CAS. Despreciado!... no, nunca... ahora lo ves... has perdido tu fortuna, eres pobre!... pues bien! yo olvido el mundo, las consideraciones sociales, mi orgullo, para hacerte feliz...

ART. (Dios mio! dadme valor para sufrir esta prueba.) Es esa la misma voz que me rechazó cuando yo suplicaba de rodillas... cuando no pedia mas que una esperanza lejana?... Eres tú la misma que en otro tiempo no me hablaba mas que de los dolores, de la miseria, y que al pedirla su mano me respondió! jamas!

CAS. Porque seria indigna de tu amor si no te hubiera respondido asi. Aceptando tu mano, yo veia un obstáculo para tu porvenir. Mi padre, como tú, era pobre, generoso, dotado tambien de una ambicion noble, y una sensibilidad exquisita... se casó... como tú querias hacerlo, con una muger que solo llevó en dote sus virtudes. Arturo, yo he visto á mi padre maldecirse él mismo; he visto aquella ambicion honrosa y sublime hundirse bajo el peso de la desesperacion mas espantosa... yo he sido testigo de estas luchas y de estas humillaciones horrorosas.. he asistido á la muerte de mi padre... he presenciado su terrible agonía, y he oido á mi pobre madre llorar desconsolada sobre aquel cuerpo inanimado, acusándose de la muerte del hombre que mas habia amado!.. Ahora, dime, Arturo, la muger que amabas con tanta pureza, debia pagar tu amor de

una manera tan afrentosa?

ART. Hubiéramos, al menos, compartido nuestra suerte.

CAS. Compartido!.. la muger que ama realmente no se entrega á esas ilusiones mentidas... En esa clase de uniones, Arturo, la muger no puede llevar la mitad de la carga... el marido es el que piensa, trabaja, y gasta su corazon en la rueda de la miseria. La muger, ay!.. solo puede ser testigo doloroso de estas luchas desesperadas... Por eso, Arturo, he rebusado tu mano.

ART. Sin embargo, sabes que hoy dia soy tan pobre como lo era entonces.

CAS. Pero no lo soy yo, y mi riqueza es para ti!.. Si, como tú me has dicho algunas veces, la mitad de mi fortuna bastaria para mi felicidad... pues bien, nos queda menos de esa mitad; es poco tal vez, pero no es la miseria.

ART. Basta, Casilda... basta... no sabes cuanto sufro! Ah! por qué no me lo digistes cuando aun habia esperanza, que la guardara en mi pecho, y esperara un tiempo mas dichoso? ¿por qué no me digistes que me amabas?

CAS. Porque con eso hubiera mantenido tu vida en una agonía continua... hubiera encadenado vergonzosamente tu juventud. Arturo! Arturo! Todavía no me conoces!

ART. Que no te conozco... Si, ángel del cielo!.. tu perfeccion no puede comprenderla la naturaleza grosera del hombre; pero, si un alma delicada y sensible! ¡Ah! ¿por qué no me has dicho eso antes? Por qué has venido tan tarde?... Si, muy tarde!

CAS. Muy tarde!.. qué he hecho, Dios mio!

ART. Sin ti, ¿qué me importa la fortuna?... Contigo hubiera renunciado mis riquezas, porque en tu alma hubiera hallado una providencia para mis desventuras!.. ¡Oh! y dicen que el oro es la felicidad!.. mentira!! Casilda, yo pertenezco á otra muger por todos los vinculos del agradecimiento y del honor!

CAS. Cómo!.. Amalia te ha sido fiel en la desgracia? Ah! perdóname, Arturo... lo ignoraba!.. y he descubierto mi secreto!.. Dios mio! (se cubre el rostro con las manos.)

ART. Casilda!.. (dirigiéndose á ella. En este momento entran don Antonio y doña Carlota y don Bernardo.)

ESCENA VI.

Los mismos, DON ANTONIO.

ANT. (afectando franqueza y dignidad.) Arturo, yo he sido injusto contigo... pero perdóname... ya conoces que en los primeros momentos debia exasperarme... En cuanto á Amalia, ha tomado con mucho calor tu defensa. ¿Para que es el dinero sin la felicidad? Amalia te presta muy gustosa la suma que la pides... pero...

ART. Lo sé... y ya la he recibido.

ANT. (ap.) Que ya la ha recibido? delira!.. de seguro (alto.) Pero, qué, ¿han visto ustedes á Amalia?

CAR. Estaba en el jardin cuando nosotras hemos venido.

ANT. Imposible, si he corrido yo toda mi casa y no la he visto.

ART. He escrito á usted, suplicándole se digne

fijar el día en que ha de celebrarse el matrimonio.

ANT. (ap.) Vamos, está loco rematado. (alto.) Carlota, hazme el favor de buscar á mi hija. Toma mi coche, y haz por estar aquí antes de cinco minutos. (ap.) Iria yo mismo, pero temo dejar á Arturo solo un instante, según está... loco, no hay duda, loco!

CAR. (á Casilda que la quiere seguir.) No, querida Casilda, quédate aquí hasta que yo vuelva. (vase.)

ANT. No estes tan abatido, querido Arturo... yo no le abandonaré... y sabes que en otro tiempo...

ART. Ah! si... tiene usted razón; en otro tiempo me recogió usted en su casa!.. Ha recibido usted una carta que le he enviado esta mañana?

ANT. No, te lo juro... ni he visto á Amalia en toda la mañana.

ART. Cómo!.. pues no ha dicho usted...

ANT. Yo... he dicho... (ruido de voces fuera, y entra el escribano corriendo.)

ESCENA VII.

Los mismos, EL ESCRIBANO.

Esc. Señor don Arturo, acaba de llegar una comisión de los electores de Soria, y vienen á felicitar á usted, porque le han elegido diputado.

ART. (ap.) Todo, menos la dicha.

ANT. Pero dígame usted, señor Gabilan, ¿cuanto ha perdido Arturo?

Esc. Ah, señor! una suma enorme, espantosa!

ANT. Cómo!.. espantosa dice usted?

ART. Diga usted la verdad... me canso ya de fingir.

Esc. Pues bien, señor don Antonio... mi señor no ha perdido mas que quince mil reales.

ANT. Qué, mi querido sobrino, ha sido una chanza?... No estás arruinado?

Esc. No señor... todo ha sido una mentira.

ANT. Escelente joven! Soy el padre mas feliz del mundo! Ah! con qué afán espero á mi hija!

CAS. Puesto que me he engañado, y que no tienes necesidad de mi, querido primo, me retiro... olvida cuanto ha pasado... y adios!

ART. Casilda, si puedes comprender lo que pasa en mi corazón, si sabes cuanto amor hay en él, conocerás que las riquezas no pueden hacerme feliz...

ESCENA VIII.

Los mismos, DOÑA CARLOTA, AMALIA, FEDERICO.

CAR. (á Amalia.) Vamos, Amalia, ten esperanza.

ANT. (ap.) Qué diablos trae aquí Federico? (alto.) Amalia, hija mia, yo deseo...

ART. Permítame usted un momento, señor don Antonio.

ANT. Tengo que decirle una palabra solamente.

ART. Suplico á usted que ni la diga esa palabra, ni la haga una seña... Si Amalia quiere ser mi esposa, ella solamente debe decírmelo.

CAR. (á Amalia.) Tiene razón, Amalia.

ART. Es verdad, Amalia, que tiene usted la suficiente confianza en mi, y que me ama usted

lo bastante para entregarme gustosa su mano? Es verdad que me cree usted arruinado? ¡Oh! perdóneme usted esta duda, y respóndame como si su padre no estuviera presente, con ese candor que el mundo no puede haber arrebatado aun de esa alma inocente... con sinceridad, Amalia, porque en ello va su honor de usted... el mio... Hable usted, se lo suplico.

AMA. (ap.) Qué es esto? no entiendo...

ANT. (haciendo señas á Amalia.) No me mira... (tose.) ni por esas... qué torpeza!

ART. Calla usted!

CAR. Di la verdad, Amalia, la verdad solamente.

AMA. Arturo, como á otros muchos, ha podido deslumbrarme su fortuna; pero, créame usted, siento mucho su desgracia.

ANT. Escelente corazón! Lo ves, Arturo?

AMA. Y qué valen las riquezas sin la felicidad?

ANT. Qué hija tan encantadora!.. mis propios sentimientos!..

AMA. Así, como nuestro mútuo empeño ha cesado... según mi padre me ha dicho, he prometido mi mano al que posee mi corazón... á Federico.

ANT. Yo!.. que te he dicho!.. Créeme, Arturo, te respeta tanto, que cuando te habla pierde la cabeza... no sabe lo que se dice.

ART. Es esto un sueño?... Pero y esta carta que he recibido hoy para cobrar veinte mil duros?

CAR. (examinando la carta.) Yo conozco esta letra. (leyendo.) «En mi casa se han depositado veinte mil duros que debo entregar á usted.» ¡Ah! Casilda, esto me explica tu salida de casa esta mañana.

ART. Cómo!.. Casilda!.. Pero esta carta está escrita por la misma persona que hace un mes socorrió generosamente á mi nodriza.

CAR. Las dos cartas han sido enviadas por Casilda... Lo he callado hasta ahora, porque esta

lonta... ART. Ah! Casilda, Casilda! levanta esa frente, mírame, hermosa! ya soy libre!.. perdóname, ángel mio!.. me amabas y yo no he sabido comprender tu amor... mi vida es tuya, Casilda! esposa mia!

CAS. Arturo! (se enjuga las lágrimas.)

ART. Has triunfado en mi alma... tu me reconcilias con el mundo!.. Ahora conozco que si en medio de las locuras, de los vicios que acosan nuestra vida, no hallamos un alma noble que derrame en tan oscuras tinieblas la brillante luz del amor y la verdad, es porque no sabemos buscarla.

ANT. (á Amalia.) Tú sabes lo que has hecho? Perder tu fortuna, y desmentir á tu padre!..

AMA. Pues no me ha dicho usted hoy que me casaría con Federico?

ANT. No sé si lo he dicho... pero...

FED. No debe usted quejarse mas que de sí mismo... Además, yo no soy tan mal partido.

CAR. Si no das tu hija á Federico, perderá dos maridos en lugar de uno.

ANT. Tienes razón... si no hay otro remedio... (alto.) Federico, hágala usted feliz. (á Amalia.)

Hija mia, yo te perdono. (une las manos de Amalia y Federico, ap.) Cómo ha de ser!

AMA. y FED. Gracias, padre mio!

ANT. Bien, bien. (levantádoles.)

:

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.
 Abadia (la) de Penmarck, t. 3.
 Alqueria (la) de Bretaña, t. 5.
 Agiotage (el) ó el oficio de moda, t. 5.
 Ansias matrimoniales, o. 1.
 Andaluz (el) en el baile, o. 1.
 A las máscaras en coche, o. 3.
 Aventurero (el) español, o. 3.
 Arquero (el) y el Rey, o. 3.
 A tal accion tal castigo, o. 5.
 Azares de una privanza, o. 4.
 Amante y Caballero, o. 4.
 —A cada paso un acaso, ó el caballero,
 o. 5.
 Amor y Patria, o. 5.
 A la misa del gallo, o. 2.
 —Al borde del abismo, t. 1.

 Barbera (la) del Escorial, t. 1.
 Beltran el marino, t. 4.
 Batalla (la) de Clavijo, o. 1.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un
 artista, o. 5.
 —Boda (la) y el testamento, t. 3.

 Conciencia (la) sobre todo, t. 3.
 Confidente (el) de su muger, t. 1.
 Cocinera (la) casada, t. 1.
 Con todos y con ninguno, t. 1.
 Camaristas (las) de la Reina, t. 1.
 César, ó el perro del castillo, t. 2.
 Corregidor el de Madrid, t. 2.
 Caballero (el) de Griñon, t. 2.
 Cuando quiere una muger!! t. 2.
 Casarse á oscuras, t. 3.
 Clara Harlow, t. 3.
 Corona (la) de Ferrara, t. 5.
 Colegialas (las) de Saint-Cyr, t. 5.
 Castillo (el) de S. Mauro, t. 5.
 Cautivo (el) de Lepanto, o. 1.
 Cantinera (la), o. 1.
 Coronel (el) y el tambor, o. 3.
 Con sangre el honor se venga, o. 3.
 Cruz (la) de la torre blanca, o. 3.
 Conquista (la) de Murcia, por don Jaime
 de Aragon, o. 3.
 Caudillo (el) de Zamora, o. 3.
 Como á padre y como á rey, o. 3.
 Calderona (la), o. 5.
 Cuánto vale una leccion! o. 3.
 —Campolís ó las grandes pasiones, t. 2.
 Conde (el) de Monte-Cristo, primera
 parte, t. 10 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5.
 Castillo (el) de S. German, ó delito
 y espacion, t. 5.

 Condesa (la) de Senecey, t. 3.
 Caza (la) del Rey, t. 1.
 Ciego (el) de Orleans, t. 4.
 Capilla (la) de S. Magin, o. 4.
 Criminal (el) por honor, t. 4.
 Conciencia (la) sobre todo, t. 3.
 —Cardenal (el) Cisneros, o. 5.

 D. Canuto el estanquero, t. 1.
 Derecho (el) de primogenitura, t. 1.
 Dos contra uno, t. 1.
 Doctor (el) Capirote, t. 1.
 Dos maridos (los), t. 1.
 Diablo (el) nocturno, t. 2.
 Dos noches, ó un matrimonio por
 agradecimiento, t. 2.
 —Dos épocas (las), ó el republicano
 generoso, t. 2.
 Diablo (el) y la bruja, t. 3.
 Deshonor por gratitud, t. 3.
 —Desposada (la), t. 3.
 Doctor (el) negro, t. 4.
 Diablo (el) en Madrid, t. 5.
 Dama (la) en el guarda-ropa, o. 1.
 Dos y ninguno, o. 1.
 De Cádiz al Puerto, o. 1.
 Desengaños de la vida, o. 3.
 Doña Sancha, ó la independencia de
 Castilla, o. 4.
 Desprecio (el) agradecido, o. 5.
 Don Juan Pacheco, o. 5.
 D. Ramiro, o. 5.
 Diablo (el) enamorado, o. 3.
 Diablo (el) son los nietos.
 D. Fernando de Castro, o. 4.
 Dos y uno, t. 1.
 Donde las dan las toman, t. 1.
 —De dos á cuatro, t. 1.
 —Doctorcito, (el) t. 1.
 Dos noches, t. 2.
 —Diablo (el) familiar, t. 3.
 —Dios (el) del siglo, t. 5.

 —El eclipse, ó. 3.
 En la falta vá el castigo, t. 5.
 Engaños por desengaños, o. 1.
 Estudios históricos, o. 1.
 Es el demonio!! o. 1.
 En la confianza está el peligro, o. 2.
 Entre cielo y tierra, o. 1.

 Fausto de Underwal, t. 5.
 Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.
 Feria (la) de Ronda, o. 1.

 Favorito (el) y el Rey, o. 3.

 Guarda-bosque (el), t. 2.
 Guante (el) y el abanico, t. 3.
 Gustavo III ó la conjuracion de Suecia,
 t. 5.

 Hija (la) del bandido, t. 1.
 Hijo (el) de mi muger, t. 1.
 Hija (la) de mi tio, t. 2.
 Hermana (la) del soldado, t. 5.
 Hermana (la) del carretero, t. 5.
 Huérfanas (las) de Amberes, t. 5.
 Hija (la) del Regente, t. 5.
 Hermano (el) del artista, o. 2.
 Hijas (las) del Cid y los infantes de
 Carrion, o. 3.
 Hasta los muertos conspiran, o. 3.
 —Hombre (el) azul, o. 5 cuadros.
 Honor (el) de un castellano y deber de
 una muger, o. 4.
 Honores rompen palabras, ó la ac-
 cion de Villalar, o. 4.
 Herencia (la) de un trono, t. 5.
 —Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.

 Inventor, bravo y barbero, t. 1.
 Intrigas (las) de una corte, t. 5.
 Ilusiones, o. 1.
 Ilusion (la) ministerial, o. 3.

 Jorge el armador, t. 4.
 Joven (la) y el zapatero, o. 1.
 Jui que jembra, o. 1.
 José Maria, ó vida nueva, o. 1.
 Juan de las Viñas, o. 2.
 Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
 Jacobo el aventurero, o. 4.
 Julian el carpintero, t. 3.
 Juana Grey, t. 5.
 Juventud (la) del emperador Carlos V,
 t. 2.

 Lazo (el) de Margarita, t. 2.
 Luchar contra el destino, t. 3.
 Leñador (el) y el ministro, ó el testa-
 mento y el tesoro, 6 cuadros.
 Ley (la) del embudo, o. 1.

- Luchar contra el sino. (vease Sortija del Rey), o. 3.
- Los dos Fóscares, o. 5.
- Leonardo el peluquero, t. 3.
- Lo primero es lo primero, t. 3.
- Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
- Los contrastes, t. 1.
- Maestro (el) de escuela, t. 1.
- Muger (la) eléctrica, t. 1.
- Mas vale tarde que nunca, t. 1.
- Marido (el) de la Reina, t. 1.
- Muerto civilmente, t. 1.
- Mudo (el) por compromiso ó las emociones, t. 1.
- Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
- Modista (la) alferéz, t. 2.
- Mi vida por su dicha, t. 3.
- Mosqueteros (los) de la Reina, t. 3.
- Mano (la) derecha y la mano izquierda, t. 4.
- Misterios (los) de París, primera parte t. 6 cuadros.
- Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
- Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
- Mosqueteros (los), t. 6. cuadros.
- Médico (el) negro, t. 7 cuadros.
- Mercado (el) de Londres, t. id.
- Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
- Marinero (el), ó un matrimonio repentino, o. 1.
- Mateo el veterano, o. 2.
- Médico (el) de su honra, o. 4.
- Médico (el) de un monarca, o. 4.
- Marquesa (la) de Savannes, t. 3.
- Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.
- Novio (el) de Buitrago, t. 3.
- No la a de tocarse á la reina, t. 3.
- Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeux, t. 5.
- Noche (la) de S. Bartolomé de 1572, t. 5.
- Nudo (el) Gordiano, t. 5.
- Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.
- Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
- No hay miel sin hiel, o. 3.
- No mas comedias, o. 3.
- No es oro cuanto reluce, o. 3.
- No hay mal que por bien no venga, o. 1.
- Oso (el) blanco y el oso negro.
- Paje (el) de Woodstock, t. 1.
- Percances de la vida, t. 1.
- Pupila (la) y la péndola, t. 1.
- Perder y ganar un trono, t. 1.
- Protegida (la) sin saberlo, t. 2.
- Pasteles (los) de Maria Michon, t. 2.
- Prusianos (los) en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
- Páris el gitano, t. 5.
- Pacto (el) sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.
- Paraguas y sombrillas, o. 1.
- Perder el tiempo, o. 1.
- Posada (la) de Currillo, o. 1.
- Perla (la) sevillana, o. 1.
- Premio (el) grande, o. 2.
- Perder fortuna y privanza, o. 3.
- Pobreza no es vileza, o. 4.
- Pacto (el) con Satanás, o. 4.
- Peregrino (el), o. 4.
- Primera (la) escapatoria, t. 2.
- Premio (el) de una coqueta, o. 1.
- Prueba (la) de amor fraternal, t. 2.
- Pena del talion (la) ó venganza de un marido, o. 5.
- Piloto (el) y el Torero, o. 1.
- Raptor (el) y la cantante, t. 1.
- Rey (el) de los criados y acertar por carambola, t. 2.
- Robo (el) de un hijo, t. 2.
- Reinar contra su gusto, t. 3.
- Reina (la) Sibila, o. 3.
- Reina (la) Margarita, o. en 6 actos.
- Rey (el) martir, o. 4.
- Rey (el) hembra, t. 2.
- Rabia de amor!! t. 1.
- Rueda (la) del coquetismo, o. 3.
- Rey (el) de copas, t. 1.
- Soldados (los) del rey de Roma, t. 2.
- Si acabarán los enredos? o. 2.
- Seducor (el) y el marido, t. 3.
- Sin muger y sin empleo, o. 1.
- Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
- Templarios, (los) ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
- Tarambana (el), t. 3.
- Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
- Tio (el) y el sobrino, o. 1.
- Trapero (el) de Madrid, o. 4.
- Vida (la) por partida doble, t. 1.
- Viuda (la) de 15 años, t. 1.
- Vivo (el) retrato t. 3.
- Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.
- Valentina Valentona, o. 4.
- Victima (la) de una vision, t. 1.
- Un buen marido! t. 1.
- Un cuarto con dos camas, t. 1.
- Un Juan Lanás, t. 1.
- Una muchachada! t. 1.
- Usurero (el) t. 1.
- Una cabeza de ministro, t. 1.
- Una noche á la intemperie, t. 1.
- Un bravo como hay muchos, t. 1.
- Un diablillo con faldas, t. 1.
- Un pariente millonario, t. 2.
- Un avaro, t. 2.
- Un casamiento con la mano izquierda t. 2.
- Un padre para mi amigo, t. 2.
- Una broma pesada, t. 2.
- Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
- Un dia de libertad, t. 3.
- Uno de tantos bribones, t. 3.
- Una cura por homeopatía, t. 3.
- Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
- Un error de ortografía, o. 1.
- Una conspiracion, o. 1.
- Un casamiento por poderes, o. 1.
- Una actriz improvisada, o. 1.
- Un tio como otro cualquiera, o. 1.
- Un motin contra Esquilache, o. 3.
- Un corazon maternal, t. 3.
- Ultimo (el) amor, o. 3.
- Una noche en Venecia, o. 4.
- Un viaje á América, t. 3.
- Un hijo en busca de padre, t. 2.
- Yo por vos y vos por otro! o. 3.
- Zapatero (el) de Lóndres, t. 3.

Las Comedias cuyos títulos tienen una rayita, aun no están impresas, pero lo van siendo sucesivamente.